

Número conmemorativo del Centenario
Dedicado a las Repúblicas Bolivarianas

FLECHAS



REVISTA QUINCENAL DE LETRAS
LIMA

PRECIO: UN SOL CINCUENTA

UNMSM-CEDOC

E. MARIÑO y Cia.

Lima - Jirón de la Unión (Merced) 685 - Perú

TELEFONO 1705

TRABAJOS FOTOGRAFICOS:

**ESPECIALIDAD EN JUEGOS DE LUZ
Y RETRATOS AL SEPIA.**

**Reproducciones, Ampliaciones, Pasaportes
y Carnets.**

*Los aficionados encontrarán prontitud y precios
reducidos en sus trabajos.*

LIBROS CIENTIFICOS

Novelas de los mejores autores

DICCIONARIOS

LIBROS DE CUENTOS

SURTIDO SIEMPRE RENOVADO

BAZAR PATHE

FLECHAS

REVISTA QUINCENAL DE LETRAS

Organo de las modernas orientaciones literarias y de los nuevos valores intelectuales del Perú.

Directores: FEDERICO BOLAÑOS—MAGDA PORTAL
Secretario: SERAFIN DEL MAR

Redacción y Administración: CAMANA, 869-LIMA

NUESTRO HOMENAJE

—o—

Habiendo coincidido la aparición del cuarto número de "Flechas" con la celebración de la magna epopeya de Ayacucho, y desando dentro de los límites de nuestras fuerzas, ya que no de nuestra voluntad, rendir tributo de admiración al Libertador, ofrecemos hoy al público un esquema del desarrollo literario de Venezuela, Colombia, Bolivia, Ecuador y el Perú, las cinco repúblicas fértilmente abonadas por el genio luminoso de Bolívar.

Creemos sinceramente que la tarea de divulgación intelectual, respecto a los valores de cada uno de los países nombrados es la mejor forma de beneficiar no solo a la cultura de América, sino también de vincular, en un gran ritmo de hermandad y solidaridad espiritual, las simpatías y los lazos históricos comunes.

Quieran los espíritus comprensivos apreciar la significación de nuestra modestísima labor.

ODA A AMERICA

América, América mía!

La voz de Dios sostenga mi rugido.

La voz de Dios haga mi voz hermosa.

La voz de Dios torne dulce mi grito.

Loada sea esta alegría,

De izar la bandera optimista.

Galopan los océanos y las montañas crecen.

Y sobre el Golfo de Méjico y el Mar Caribe;

sobre el Mar Atlántico y el Mar Pacífico;

sobre el Popocatepel y el Momotombo,

el Chimborazo y el Sorata;

sobre el Usumacinta y el Orinoco

y el Amazonas y el Plata,

la Cruz del Sur abre su cuerpo armonioso.

El Ecuador te ciñe y te ciñen los Trópicos

y todos los climas se hacen visibles y tangibles

en tu flora y en tu fauna.

Del Indostán, padre del Egipto, nacieron

la religión tolteca y la religión incaica.

Y en las guirnaldas épicas de sus peregrinaciones

los videntes ensangrentaban sus ofertorios

y los arquitectos erigían ciudades de piedra labrada.

Teotihuacán y Cuzco están en ruinas

pero las águilas y los cóndores todavía se levantan.

América, América mía:

desde el alarido del salvaje

hasta la antena de radio-avión;

desde la selva sin sendero y camino pastoril por la tierra,

hasta la locomotora y el hidro-avión;

desde el Cacicazgo hasta la República;

todo está en tí vivo y actual en tu cabeza y en tu corazón.

Vives al día en toda cuestión humana;

todas las civilizaciones están en tí.

Y he aquí que después desta milenaria experiencia

se acerca la hora en que vas a tocar tu clarín.

Frescas herencias de hombres de diamante

fructificarán.

Cuauhtemoc, joven y heroico,

Atahualpa y Caupolicán.

Bolívar y San Martín,

y Pedro emperador del Brasil

y Sucre y Morales y Juárez

y Morazán y José Martí.

Loadas sean España y Portugal;

la espada del Cid y las brújulas de Colón
y de Vasco de Gama.
Porque en las epopeyas de la tierra y del mar
resplandeció la realidad de la ilusión.
América, América mía,
junto a Bolívar va Rubén Darío.
Libertador de América,
tú estás en las montañas y en los ríos:
en el Canal de Panamá y en el Estuario de Buenos Aires.
Tus vicisitudes se cumplen.
Cuál hecho habrá en América por el que tú no hables?
"Cabeza de los milagros, lengua de las maravillas".
Un día, cercano está, divino día,
la raza de relámpagos que son tus pensamientos,
hará de la esperanza una alegría
continental. Y un solo sentimiento
fundará la Democracia nueva
de la América Latina.
Y serán tus caballos de batalla
las cuádrigas triunfantes del vasto tren de América;
y del mármol generoso de tus tribunas
se hará el frontón del nuevo hogar de América;
y con el ejemplo de tus perfecciones rotundas:
la amistad armoniosa y la libertad sagrada,
nuestro espíritu será tu obra maestra
y así serás del mundo nuevo la evocadora alma.
Libertador de América,
libranos del egoísmo y del rencor,
de la hipocresía y de la envidia,
pues sobre toda catástrofe fulgurabas amor!
Canto de vida y canto de esperanza
fue tu canto, Poeta.
Limitaste los elementos al fenicio romano;
le falta la anuencia de Dios, la máxima anuencia.
Vaso de toda belleza moderna y antigua,
vaso de toda belleza
ofreciste.
Hombre que de toda tristeza
supiste.
Vertiente de música,
pecador y profeta,
desde París cantabas
para tu América.
Y al Continente diste la noticia espléndida
del progreso argentino,
maravilloso mensajero de nuestros destinos.
América, América mía,
loada sea esta alegría

de izar la bandera optimista,
Cúmplete a tí misma tus cosechas futuras,
vuelven sobre tus ciudades los aviones
obedeciendo al dulce fin
de las alianzas más puras.
Y nuestros corazones rompan en las alturas
la caja portentosa de tu divino fin.

Carlos PELLICER.



Simón Bolívar, Libertador de América

ORACION A BOLIVAR

Hermanos de América:

Los puros, que tenéis la tensión del arco, los jóvenes que venís sobrecargados de limpias aspiraciones y grandes anhelos de confraternidad, izad en vuestra mano trémula el corazón por Bolívar;

Hermanos de América:

Hoy que se hace tangible en nuestros espíritus el orgullo de sentirnos americanos; hoy que en falange frenética y apretada, con los ojos ebrios de una grande concordia y la frente grávida de nuevos sentidos de superación, avanzamos hacia el futuro, rompiendo con nuestros puños las viejas murallas de los nacionalismos exclusivos; hoy que desde México hasta la Patagonia recorre—como por una sola vena la emoción maravillosa de una Gran Patria Unica; hoy, hermanos,—los inquietos, los fuertes, los disciplinados heroicamente, los visionarios—que se cierra—hierro y sangre—una obscura centuria de preparación, inarmonía, discordancia y azoramiento, desde que sobre la cima de un monte peruano emergió plena y definitiva la libertad continental; hoy que podemos emborracharnos de esperanza, hoy que nos son dóciles los elementos y está ya domada la bestia de las revoluciones y la de las guerras fratricidas;

Saludemos al Hombre Símbolo, al Hombre de América, al que nos contiene a todos, al Inmensurable, al que tiene, porque su obra es así, las dimensiones del Infinito.

El es la Antena más alta, el Semáforo más conspicuo y radiante, él es el Eje Luminoso de nuestra ínclita y ubérrima tierra americana.

Y que no sean nuestras palabras vano saludo, que no sea nuestro grito de admiración mera ampolleta de alegría; no es la hora de la molicie, no es la hora de la simple apoteosis sin derivación de enérgicos idealismos, no es la hora, bien lo sabéis, de la pueril oblación de nuestra gratitud y nuestro amor al que tuvo todos los dones y todas las esperanzas en su mano; es la hora del comienzo, de las afirmaciones estuendas, de la proyección espiritual inaudita; es la hora del reencuentro, la hora genial de la desembocadura de todos los

¡oh, qué frío de horror debió sentir
 el pobre dios
 al ver que atravesaba las paredes
 de su regio palacio
 el tornillo de luz de esa mirada!

la fina oreja
 sabía escuchar,
 en medio mismo de la algarabía,
 las silenciosas voces del silencio.
 ¡hasta las palabras
 que no llegaron a ser dichas nunca
 las oyó aquel oído!

el paso era tan seriamente firme
 que allá, bajo la tierra,
 los muertos sentirían, de seguro,
 sensación semejante
 a la que los vivos sentimos
 cuando alguien golpea el suelo
 con talones de plomo
 en el piso de arriba.....

¿con qué hecha estaría la frente
 de este varón, que un día
 saltaron chispas de ella?
 de tal manera incendió
 de libertario republicanismos
 los suramericanos bosques vírgenes.

¿la estatura?
 no se ha podido precisar

VARIABA
SEGUN LAS EMOCIONES DE SU ESPIRITU.

unas veces dos metros,
 otras quinientos, otras.....
 (¡toda medida hubiere sido corta
 para medir el tamaño de este hombre
 cuando pensaba en libertar América!)

el Océano Pacífico
 era manso y discreto.
 así lo hallaron los conquistadores,
 ¡que lo diga Balboa!
 pero una vez el héroe en sus aguas
 fué a quitarse los fuegos del verano,
 como se iba adelantando entre las olas,

redoblaba el latir su corazón,
hasta que de repente
todo el oceano se llenó de ruido.

desde entonces
el mar, por imitar aquella música
voluptuosa y salvaje,
ruge contra la arena de la playa.

en la vaina de algún antepasado
—exiguo molde para un gran proyecto—
fundió un rayo de sol:
así su espada
que, por el sol, sabía defenderla
de la sombra escondida entre las sombras.
¡y la marcha
desde las llanuras del norte
hasta los altiplanos del sur!
¿cómo pudo
conducir sus ejércitos en un
tiempo en que la civilización
todavía no lo era?

bajo la omnipotencia de sus pies
los andes,
ENCHUFANDOSE EN SI MISMOS,
se encojían a extremo
de ponerse a nivel con la planicie:
por sobre ellos llevaba sus soldados
del uno al otro lado de la América.

(he ahí el retrato
de uno de los dos hombres
más grandes de la creación.

he puesto
las líneas generatrices.

le faltan
un poco de retoque,
alguna sombra
un plano
de luz,
un pincelazo

donde esté débil el color.
AUTORIZO A UN PINTOR DEL AÑO
2021 A QUE LO ACABE.
¡ah!, el otro hombre se llama Jesucristo).

Alberto HIDALGO.

LA GRANDEZA MORAL DE SUCRE

En el panorama histórico de América, por donde cruzan héroes, caudillos bárbaros y una plebe letrada y relumbronesca, ningún hombre llega a poseer la pureza moral de Sucre. El demiurgo de Ayacucho que "fijó la suerte de las naciones americanas", según la retó-



rica brillante de Bolívar, surge, ante mis ojos, como la reencarnación del espíritu admirable de San Luis. Parece que, a través del alma heroica de los redentores de pueblos, Sucre hubiera recibido, como herencia divina, las virtudes inimitables del hombre bondadoso de Galilea. No pudo darse jamás, en pueblo alguno, antinomia más sorprendente: el alma de un niño, en la vestidura carnal de un soldado. Hablando el lenguaje de la geometría moral de don Juan

sus consejos. Asiste, durante este período, a las penas conteniendo de Cantaura. No tiene un instante de reposo. Pelea bravamente: derrotado o vencedor, pero sin conocer el desaliento, afirma Laureano Villanueva.

Sucre es Coronel ya, relata don Carlos Pereyra. Zea lo ha ascendido. Bolívar no mira con simpatía esa determinación. Es que no sabe quién es Sucre. En el Orinoco, navegando hacia Angostura, lo encuentra. El futuro vencedor de Ayacucho va en una flechera.

—¿Quién vá en esa flechera?—pregunta Bolívar.

—El General Sucre, confestan.

—No hay tal General Sucre, replica.

Se atracan las flecheras. Sucre se presenta ante Bolívar. Un diálogo corto. El General habla de su grado y, desinteresadamente, manifiesta al Libertador que si no lo cree digno del héroe de Colombia, no aceptará ningún título.

Bolívar, agrega don Carlos Pereyra, queda electrizado. Desde entonces su admiración sería cada vez más creciente por aquel hombre extraordinario. Comprendió que Sucre, antes que todo, era un valor moral sin paralelo. El sería *el único hombre que le daría lecciones*, en lo sucesivo.

Pero si para Bolívar el General dejaba de ser un anónimo, ante los demás capitanes del Libertador era un desconocido.

En setiembre de 1820, cuando Bolívar entraba a Cúcuta, O'Leary hace esta pregunta:

—¿Quien es ese mal jinete?

Bolívar da la respuesta rápido, fulgurante. Y, en una síntesis de cualidades, extraídas de los otros jefes, hace el retrato moral de Sucre. Reune, dice, *los conocimientos de Soublotte, el carácter y la bondad de Briceño, el talento de Santander y la actividad de Salom*". No es el rudo lancero de los llanos de Venezuela Su disimilitud es estupenda con los hombres medularmente guerreros o degolladores de pueblos. Está a mil leguas de distancia del torpe soldado Melgarejo que, al decir de un periódico de la época, *sostenía que Napoleón era superior a Bonaparte*.

Cuando la sangre era lo más despreciable, en los días torvos de la *guerra a muerte*, Sucre representa la civilización, frente a la bárbara ceguera de los rudos soldados. Fueron las horas negras del esfuerzo heroico por la independencia. No se respetó la vida ni en el viejo ni en el niño. Heredia se horroriza, en sus relatos, ante el ímpetu salvaje de aquellas carnicerías. Fué el vértigo supremo de la crueldad de dos combatientes irreducibles. Se fusilaba y se degollaba a cada paso. Un tal Antonio Nicolás Briceño cree que la revolución debe hacerse asesinando españoles, porque sí, sin agregar mayores razones. Exterioriza su fidelidad a la causa, enviando a Bolívar, en un cajón, la cabeza de un español victimado. Y, escribe con sangre la fecha de la carta donde alude al obsequio macabro. En los *godos* Boves y Zuazola se hace símbolo aquella sangre derramada a torrentes.

Pero esta contienda inhumana al fin tiene su término. De uno y

sus consejos. Asiste, durante este período, a las penosas contiendas de Cantaura. No tiene un instante de reposo. Pelea bravamente: derrotado o vencedor, pero sin conocer el desaliento, afirma Laureano Villanueva.

Sucre es Coronel ya, relata don Carlos Pereyra. Zea lo ha ascendido. Bolívar no mira con simpatía esa determinación. Es que no sabe quién es Sucre. En el Orinoco, navegando hacia Angostura, lo encuentra. El futuro vencedor de Ayacucho va en una flechera.

—¿Quién vá en esa flechera?—pregunta Bolívar.

—El General Sucre, contestan.

—No hay tal General Sucre, replica.

Se atracan las flecheras. Sucre se presenta ante Bolívar. Un diálogo corto. El General habla de su grado y, desinteresadamente, manifiesta al Libertador que si no lo cree digno del héroe de Colombia, no aceptará ningún título.

Bolívar, agrega don Carlos Pereyra, queda electrizado. Desde entonces su admiración sería cada vez más creciente por aquel hombre extraordinario. Comprendió que Sucre, antes que todo, era un valor moral sin paralelo. El sería *el único hombre que le daría lecciones*, en lo sucesivo.

Pero si para Bolívar el General dejaba de ser un anónimo, ante los demás capitanes del Libertador era un desconocido.

En setiembre de 1820, cuando Bolívar entraba a Cúcuta, O'Leary hace esta pregunta:

—¿Quien es ese mal jinete?

Bolívar da la respuesta rápido, fulgurante. Y, en una síntesis de cualidades, extraídas de los otros jefes, hace el retrato moral de Sucre. Reune, dice, *los conocimientos de Soublette, el carácter y la bondad de Briceño, el talento de Santander y la actividad de Salom*". No es el rudo lancero de los llanos de Venezuela. Su disimilitud es estupenda con los hombres medularmente guerreros o degolladores de pueblos. Está a mil leguas de distancia del torpe soldado Melgarejo que, al decir de un periódico de la época, *sostenía que Napoleón era superior a Bonaparte*.

Cuando la sangre era lo más despreciable, en los días torvos de la *guerra a muerte*, Sucre representa la civilización, frente a la bárbara ceguera de los rudos soldados. Fueron las horas negras del esfuerzo heroico por la independencia. No se respetó la vida ni en el viejo ni en el niño. Heredia se horroriza, en sus relatos, ante el ímpetu salvaje de aquellas carnicerías. Fué el vértigo supremo de la crueldad de dos combatientes irreducibles. Se fusilaba y se degollaba a cada paso. Un tal Antonio Nicolás Briceño cree que la revolución debe hacerse asesinando españoles, porque sí, sin agregar mayores razones. Exterioriza su fidelidad a la causa, enviando a Bolívar, en un cajón, la cabeza de un español victimado. Y, escribe con sangre la fecha de la carta donde alude al obsequio macabro. En los *godos* Boves y Zuazola se hace símbolo aquella sangre derramada a torrentes.

Pero esta contienda inhumana al fin tiene su término. De uno y

otro bando se hacen negociaciones para formalizar un armisticio y regularizar la guerra. En esta ocasión el General Sucre da pedazos de su corazón cristiano y confecciona el tratado informándole un generoso espíritu de humanidad. A la manza despiadada, sucede el canje de prisioneros. Simultáneamente, las brutales arbitrariedades, con pueblos indefensos, son sustituidas con el reposo y la tolerancia. De ese tratado dijo el Libertador que *era digno del General Sucre: la benignidad, la clemencia, el genio de la munificencia lo dictaron*. Y como un reconocimiento al hombre de convicciones indisputables, agregaba, *él será eterno como el más bello monumento de la piedad aplicada a la guerra*.

Veamos a Sucre en otro escenario, con otros hombres y nuevos sucesos.

El Perú, sin la ayuda de las tropas auxiliares, no se habría independizado. Esta convicción arraigaba hondamente, por entonces, en el espíritu de sus dirigentes. No había un hombre eminente cuya sola gloria fuera capaz de cohesionar la opinión, desbaratar la anarquía y preparar el ataque fulminante contra los españoles. Todo lo contrario. Personajes minúsculos, haciendo el papel de caudillos, discutían, bizantinamente, detalles sin importancia. Todos querían mandar. El que no era ambicioso tenía el espíritu enfermo de envidia. Fué el año sombrío donde se vieron las *vergonzosas debilidades*, de que habla don Mariano Felipe Soldán.

La salvación estaba en Colombia, en el héroe legendario, cuyo nombre llenaba todo un continente, al decir del Arzobispo de Malinas.

Bolívar oye el llamado de los *hijos de los Incas* que, por boca de Olmedo, le dicen: *sin Aquiles no podremos vencer*. Pero el Libertador aún no puede *volar al Perú*, según la palabra consagrada por sus propios labios. Sin embargo, piensa en Sucre. La predilección de Bolívar no yerra jamás. Sucre es el hombre.

En el Perú se le ofrece el mando, como general en jefe, del ejército unido. Modestamente, sin pedantería, aquel profesor de excelsas virtudes, da un ejemplo de desinterés supremo. Piensa que el puesto distinguido que se le quiere otorgar no lo merece. *Existen hoy generales más antiguos y graduados que yo*, expresa, y, añade, que está dispuesto a trabajar por la causa del Perú, *como jefe subalterno o como simple soldado*. Frente a la ambición absorbente de las ilustres mediocridades del ejército del Perú (sin olvidar a Riva Agüero) la excusa humilde de Sucre es una lección silenciosa que vale para la posteridad. La historia la ha recogido como la cualidad de oro de un espíritu excepcional.

El rivagüerismo no miraba con simpatía al General Sucre. Lo suponía *agente de la ambición del Libertador*. Solapadamente, hacía circular el rumor de que los colombianos traían propósitos negros para el Perú. Olvidaba las palabras de fraternidad que pronunciara el Jefe eumánés, al llegar a Lima. El gran propugnador de toda esta chismografía, sobre las supuestas intenciones torvas de Sucre, fué Riva Agüero. Tanto mejor así. El amigo de las calumnias, aprendería a ser más generoso.

Entretanto un curioso incidente inquietaba al país. Las tropas peruanas acababan de dispersarse cerca del Desaguadero, como *cabellicos que se lleva el aire*.

Santa Cruz parecía atónito o idiotizado ante la actitud de su gente. Sucre que marchaba para unirsele, se entera del incomprensible suceso. En seguida piensa en cambiar todo el plan de campaña. Los dos jefes se entrevistan en Moquegua para armonizar pareceres. Luego Sucre y su división se dirigen a Pisco. El Libertador ordena que pasen a Supe, a fin de desbaratar las maquinaciones indecorosas de Riva Agüero que actuaba de acuerdo con los españoles. Bolívar conocía, íntimamente, la conducta sinuosa del caudillo traidor. De allí que su pensamiento fuera batir ya no sólo a los españoles, sino también al Jefe renegado. El golpe debía llevarlo a cabo Sucre. Es en esos decisivos momentos en que, el capitán ponderado, da *brillante testimonio de su carácter generoso*. (La expresión es de Bolívar.) Le suplica, vehementemente, al Libertador, para que no lo emplee en aquella misión dolorosa para él. Dice que no peleará contra Riva Agüero ni como soldado; contra su enemigo personal; contra aquél que le ha llamado *usurpador, ambicioso*, etc. Probablemente, Riva Agüero no durmió, muchas noches, pensando en la grandeza moral de Sucre.

Después de la batalla de Ayacucho, la obra culminante de Sucre, donde no hubo deguellos, ni torpes represalias, el Gran Mariscal encontrará el premio a sus esfuerzos, en la amargura que le proporcionaron los bolivianos.

Vicuña Mackena, trasmite a la posteridad, comentando los recuerdos de Rey de Castro, el retrato inmortal de la perfección moral de Sucre. Hubo necesidad de un escenario como Bolivia para que se le contemplara íntegramente.

Concedor de la veleidad de los pueblos americanos; desprovisto de toda vanidad y anticipándose, tal vez, a hacersuyo el desencanto del hombre que *ararfa en el mar*, no acepta la presidencia vitalicia ¿Para qué? Menos en un país donde se verían *mostruosas inconsecuencias*, según la apreciación de Irisari. La intuición de Sucre fué un atisbo genial. No había trascurrido mucho tiempo, de su advenimiento al poder y ya se pensaba en asesinarle. La plebe homicida, de politiqueros ambiciosos, se movía en la sombra, acaudillada por un doctor Olañeta, sobrino del general Olañeta, el traidor de la causa española. Pero no era sólo la gente boliviana la que intrigaba. Gamarra y La Mar, desde desde la frontera, hablaban un lenguaje superficialmente dulzón, pero preñado de indignas ambiciones.

Un día las maquinaciones toman la forma de una revuelta militar. Sucre monta a caballo y se dirige al cuartel. En presencia de la soldadesca sublevada habla para restablecer el orden. Pero los conspiradores no entienden de discursos. Controvierten a balazos. Una descarga cerrada pone en peligro la vida del Mariscal. Sale herido en la cabeza y con un brazo destrozado. La obra de Olañeta se realizaba. Sin embargo, su satisfacción por aquel atentado no dura mucho. El prefecto

de Potosí restablece el orden. En fuga desordenada tratan de salvar distancias los insurgentes. También Olañeta huye despavorido. Sucre, al saberlo fugitivo, presa el alma de una ternura de niño, le encarga al Dr. Usin para que socorra al flamante doctor con mil pesos.

Se acerca el ocaso. Una vaga tristeza se apodera del Mariscal. Es como la voz cercana de su trágico fin que lo llama hacia la tumba. Acaso ni el pensamiento amoroso de unirse a la marquesa de Solanda, es suficiente para olvidar la amargura de la vida. ¿De qué le sirve la gloria de ser libertador? Apenas termine su obra, la gratitud criolla le recompensará con la muerte. El, que no toma represalias con los españoles que han asesinado a sus tres hermanos; el magnánimo que perdona al comandante Morales Matos, sorprendido infraganti, puñal en mano, para quitarle la vida el puro, el bueno, el sencillo, muere inmolado por el delito de poseer una gran alma.

La grandeza del mar pedía la expiación de la grandeza de Bolívar. Paralelamente, el misterio de la selva de Berruecos, llamaba a Sucre para circundar su cuerpo por toda la eternidad. Parece que el Mariscal sentía el hechizo de la tragedia que se anunciaba en su corazón. Adios, mi general; reciba usted por gaje de mi amistad las lágrimas que en este momento me hace verter la ausencia de usted, le escribía a Bolívar.

Cuando Sucre dejó Bogotá todo el mundo sabía el plan del asesinato. Pero el Mariscal, dice don Carlos Pereyra, *despreciaba las achanzas*. Internado en la selva de Berruecos la ingratitud, por boca de un verdugo anónimo, le grita:

—Sucre, Sucre.

Es el grito traidor que en América se repite todavía.

Sucre y sus acompañantes se detienen. Suena un disparo y en seguida tres más.

El gran corazón, que no fué herido por los plomos españoles, cesa de latir atravesado, por las balas de los hombres que acababa de libertar,

V. Modesto VILLAVICENCIO.

Colaboración del poeta español Don Francisco Villaespesa

CANTO A ROMA

Del poema "EL JURAMENTO DE BOLIVAR".

¡Roma!... Loba materna, Ciudad de maravillas,
la primera de todas en la paz y en la guerra,
cuyo nombre glorioso se pronuncia en la Tierra,
con los ojos al cielo, temblando, y de rodillas!
¡Roma!... Roca Tarpeya; el Capitolio; el Foro;
y en una apoteosis de palmas y de flores,
monarcas arrastrando las carrozas de oro
y marfil de los Cónsules y los Emperadores!....
Roma es luz y es tinieblas; es fuerza y es dominio;

heroicidad y crimen, esplendor y boato;
 es el puñal de oro que hiere a Viriato,
 y es la hacha de plata que decapita a Arminio!...
 Es garra de diamantes y es arado fecundo,
 es festín y hecatombe, desinterés y medro:
 ¡el águila de César y la cruz de San Pedro
 clavadas en el centro del corazón del mundo!...
 ¡La Eternidad! —oh, Roma!— se ha nutrido en tu pecho;
 en tí todos los dioses erigieron altares;
 a los pueblos le diste la Fuerza y el Derecho;
 al arte los más dulces y sonoros cantares,
 las más bellas estatuas, las telas más gloriosas;
 a la virtud y al crimen los más altos ejemplos.....
 ¡No hay templos más hermosos ni firmes que tus templos,
 ni rosas que perfumen lo mismo que tus rosas!...
 No hubo ciudad, ni pueblo, montañas ni arenales,
 en donde, con la espada tus leyes no impusieras,
 ni mar que no mirase sangrar en sus cristales
 la vitoriosa púrpura de tus aureas galeras!...
 Infiltraste tu sangre de ceniza y de lava
 en las venas de fuego de los Conquistadores....
 ¡No hay raza que no haya sido, Roma, tu esclava,
 ni pueblo que no haya llorado tus rigores!...
 Como en sacro museo, acogiste en tu alma,
 todo el marmóreo Olimpo de los dioses paganos;
 y diste catacumbas, circo, martirio y palma,
 y luego altar y templos, al Dios de los cristianos!...
 El pensamiento humano crujió bajo tu rueda;
 se desangró Rienzi, ardió Savonarola....
 ¡Deshácese los siglos, como una inmensa ola;
 pasan los Dioses, pero tu gloria, eterna, queda!...
 Ruedan razas y pueblos, y, sentada en tu solio
 permaneces inmóvil; y aun los senos fecundos
 de la loba de bronce, sobre tu Capitolio,
 como a Rómulo y Remo, amamantan dos mundos!...
 ¡Nadie arrasó tus muros, nada tu fuerza trunca;
 pues sobre el sortilegio de tus siete colinas,
 de todas las catástrofes, mas hermosa que nunca,
 igual que el ave fénix, renaces de tus ruinas!...
 Y el día en que tu gloria despéñese al profundo
 y se desgarré el velo de plata que te encierra,
 se habrá paralizado el corazón del Mundo
 y habrá muerto, en las sombras, el alma de la Tierra!...

Francisco VILLAESPESA.

Autógrafo del Embajador Venezolano

EMBAJADA ESPECIAL
DE LOS ESTADOS UNIDOS DE VENEZUELA
LIMA

*Las figuras de Bolívar y
Sucre se agigantan en la his-
toria a medida que transcurre
el tiempo y se agrava según
la grandeza de su obra*
Paul J. Baquerizo

Palabras del Embajador Ecuatoriano

SUCRE

La esclavitud y la tiranía le fueron igualmente odiosas. Luchó contra la una, jamás ejerció la otra.

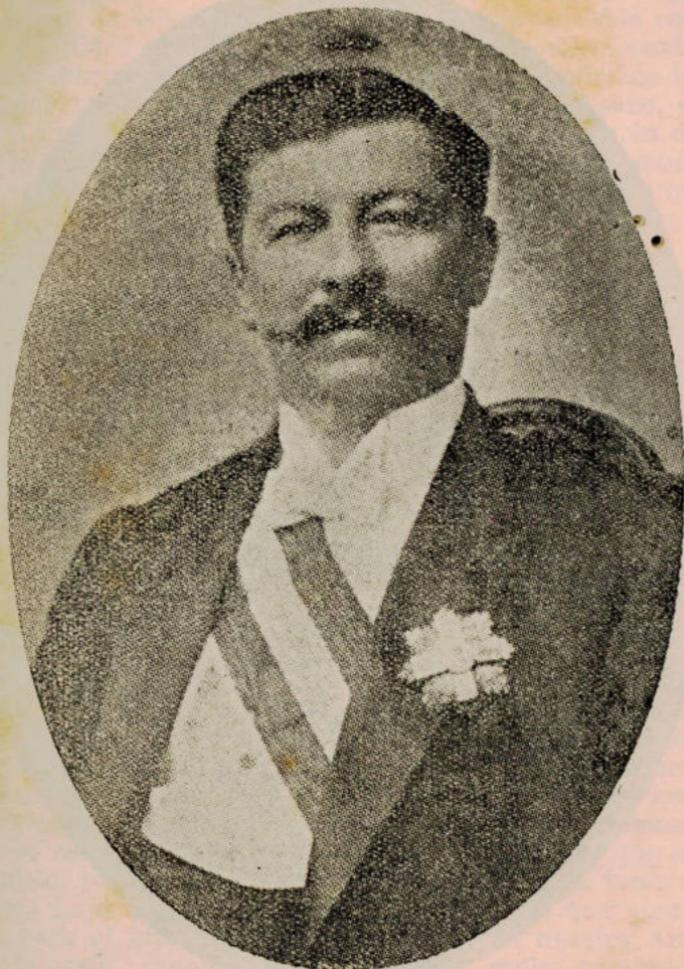
No dobló la rodilla, ni se exaltó hasta la necedad del desdén o del desprecio. Fué mas bien un mártir.

Era firme sin dureza ni obstinación. El heroísmo no se alimenta de estériles porfias. Tuvo la sencillez de la grandeza ingénua, la naturalidad del genio.

Ni hipócrita ni audaz, nunca puso pasión alguna injusta, ni voluntad injusta en los actos de su vida.

No podía faltarle, y no le faltó tampoco, el complemento de toda grandeza; la mordedura emponzoñada de la envidia; el odio que golpea a manera de maza ciega y brutal, la calumnia, la persecución i la injusticia que no faltaron a San Martín, ni a Artigas, a Washigton ni a Bolívar.

A. Baquerizo MORENO.



General Juan Vicente Gomez
Presidente de los Estado Unidos de Venezuela.



RAFAEL VILLANUEVA MATA, Ministro de Venezuela en el Perú

LITERATURA VENEZOLANA

Insertamos en esta página algunas producciones de destacados intelectuales venezolanos, lamentando no poder dar algo, entre otros, de Manuel Díaz Rodríguez, el formidable ensayista autor de "Camino de Perfección", cuyo renombre continental es hoy indiscutible, y de Blanco Fombona, el panfletista terrible, novelador y crítico que ha contribuido como se sabe, de una manera violenta y fervorosa, al crecimiento y difusión definitiva de la gloria de Bolívar. Nos parece que estos son actualmente los escritores de más relieve y de más sólida firmeza que hay en los Estados Unidos de Venezuela, tierra pródiga, como buena tierra americana, en artistas, escritores y poetas.

Luego en distinto plano, figuran nombres de tanta valía como Ismael Urdaneta, Laureano Ballenilla Lanz, Andrés Blanco, Arvelo Larriva, Bolívar Coronado, Fombona Palacio, Pedro Chacón, Eloy González, Andrés Mata, Luis Mármol, Dominici, Zérega Fombona, etc. Entre los jóvenes, René Borgia, Angel Corao y otros.

En la actualidad, hay en Venezuela un fuerte movimiento de renovación literaria que seguramente ha de dar los más excelentes frutos.

Un país rico en energías espirituales no podía menos que alcanzar una brillante culminación de pensamiento y de belleza.

VISIONES DE AMERICA

Es indudable, vamos hacia el futuro heroico y fuerte. Heroico por la acción y la libertad, y fuerte por la íntima comprensión de la belleza. Apoderándose nuestros espíritus de la esencia estética nos hacemos devotos del bien, y constituímos valla poderosa para el dolor. Así estará en el corazón el grano de oro, síntesis de la pasada existencia inmortal, y promesa para el nuevo renacer. Más, hay algunos jóvenes, que sin estrellas en el cielo, pasan tristes y amilanados como en la tarde dorada la pobre hoja amarilla y agónica. Gente esa, que resulta pequeña para el grande y sonriente jardín de nuestra América. Combatámosla. Combatir valerosamente—molto coragiosa, diría Leonardo—contra esos pobres espíritus que tienen las alas oxidadas, contra esas pobres almas resignadas y conformes, incapaces del grito y de la elegancia, esto es, del dominio de hombres y cosas: contra esa juventud, sin savia y sin amor, sin carácter y sin conciencia del mañana, propensa sólo a los goces epicúreos, cuyos frutos son la molicie y la muerte.

América es hoy, por su hermosa índole, por su precocidad adivinadora, por su fino espíritu, por su adaptabilidad a todos los adelantos, por todas sus condiciones, tanto científicas como intelectuales propias para la realización de las tendencias percibidas por el espíritu que forman, según Buckle, la verdadera historia de la Humanidad, el punto culminante de las victorias futuras. El ideal actuante no es de rutina ni de inercia, sino de emulación, de actividad, de asociación de capitales y de esfuerzos, y de amplias visiones intelectuales para producir la mayor suma de bienes. Causa, pues, regocijo, pensar que en América se van haciendo claros y realizables, el ideal de Alberdi, que señala como rumbo cierto y fecundo el cultivo de la energía y de la voluntad, dominadoras de la naturaleza física y del trabajo creador de la riqueza; y el ideal de Rodó, radiante y desinteresado, que busca la belleza no sólo como placer estético, sino, muy más, como símbolo viviente del bien—educadora y forjadora de moralidad—inminente contra el materialismo invasor.

Es cierto que todavía hay en lugares desgraciados de América, mezcla de gobiernos duros, tiranía militar, fanatismo religioso y político, y sirvánicos dejos coloniales; pero, también lo es que, todos estos alaridos posesivos y coactivos, estas claudicaciones para el presente y para el porvenir, estas confusiones y estancamientos, y estas disociaciones fatalistas y resignadas causa de cierto desprestigio nuestro: ensayos prematuros, instituciones efímeras, novedades peligrosas, cambios frecuentes; todas estas cosas pecadoras y cobardes, digo, van callando sus voces ante la acción que produce valores y riquezas, ante el espíritu nuevo, ordenado y amador de la belleza a la vez, y ante la atención antiabstráctica y justa, que descubre ignorados senderos de victorias...

La lucha por vislumbrar nuevos horizontes de bien y de esperanza, y el desastre que ordinariamente se obtuvo, abrieron hondos surcos en los espíritus, y cuando brisas reaccionarias agitaron la virginidad de nuestra atmósfera y sembraron rosas de sangre en los corazones—¡sangre que fue savia de vida en el indómito hijo de la tierra!—los brazos del criollo—vivos troncos de caoba hechos acero en las visiones de la libertad—prestaron su energía y su heroísmo al trabajo para extraer de la naturaleza, fácil a las hazañas de Hércules, a las empresas de Mercurio y a las lucubraciones de Apolo, sus tesoros portentosos y magníficos.

América se cree ya consciente de su poder y energías y comienza a uniformar sus tendencias políticas, científicas, económicas, espirituales... El país toma formas precisas, manifiene llenos sus mercados, accionan sus talleres, sus costas son

visitadas por todas las naciones, y fundiéndose el alma de la raza en su ética, el pueblo aprende a modelar y a crear... Uniformidad ésta, por otra parte, ajena a la constitución de caracteres diferentes a los del extranjero, y que en su esencia carece de los desaguisados tintes criollista. Ella sólo busca por el esfuerzo de fuertes voluntades, por la cooperación de seres libres, por la acción recíproca, por la mutua dependencia, por la constitución de fuerzas sociales destinadas a mantener la armonía, por la cohesión... llegar a la vigorosa y perdurable solidaridad de los pueblos que hablan la hermosa lengua de ese fecundo corazón del mundo antiguo y moderno: España generosa y fuerte...

Entonces no parece extraño que después del enérgico estremecimiento que ha removido a todos los pueblos con la amenaza de terminar con su felicidad o su existencia el espíritu nuevo que ha surgido como el Fénix de la mítica, contagioso y atormentado de emoción y peligro, de altivez y libertad, de razón humana y humano idealismo, de ese idealismo articulado y consecuente, que es avance lógico y síntesis de progreso, el idealismo de Longfellow, oiga en esta espléndida tierra de América, la voz que ha de gritar la nueva gloria. Voz, ésta, que se levantará hasta lo infinito, cuando vencido por completo el mal de la inercia y cobardía de algunos jóvenes, por el esfuerzo de las despiertas voluntades de otros jóvenes—¡juventud, germen de todas las actividades grandes y puras, hacha del llanto, voz de Jehovah!—demos fortaleza y enaltecimiento a estas virtudes nuestras tan flacas, y expliquemos a las interrogaciones del espíritu las ideas salvadoras, y agitemos a todos los vientos la bandera inminente de la independencia. Claro estará, pues, a las maquinaciones del brazo y del espíritu, este prodigioso continente que a más de las sublimes visiones de la naturaleza—amplios campos de montañas salvajes y llanuras inmensas propicias a los hechos heroicos de las fábulas griegas, ríos que son maravillas, cuentos árabes sus partos minerales y fuego de sol resplandeciente que es principio de vida y símbolo de amor—se embebe en la libertad que clama Cicerón, y apartando de sí viejas tradiciones que conturban y ahogan, distinciones de raza, casta, privilegios seculares y preocupaciones de dinastía y religión, abre en su corazón un surco para la palabra boliviana que lleva la simiente del futuro y da poder al hombre para realizar la evolución inevitable.

E. RUBIN ZAMORA.

A Dios rogando

Mi abuelo era el encargado de bañar los caballos del amo, barrer los cobertizos, acarrear la leña para la cocina y de otros oficios poco duros, en atención a sus ya largos abriles. ¡Estaba tan viejecito el abuelo!... Parecía que le hubiesen tendido una telaraña sobre el rostro.

—Yo ya no sirvo para nada, hijitos! — decía.

Y en verdad, ya no era aquel Pascual Sequeda de que nos hablaba la lengua de la tradición, cuando hacía prodigios de destreza y bravura cabalgando en soberbios potros llaneros. Allá, cuando la guerra federal, cuando, los cabecillas más famosos le confiaban comisiones difíciles poniéndolo a la cabeza de levantiscas guerrillas para ir a hacer *desplantes* al enemigo y dejarlo burlado.

De noche nos agrupaba en torno suyo, ya en el empedrado del trapiche, o bien, al pie del portalón de la corralada; el portalón aquel que rechinaba ásperamente al abrirse para dar paso a los pesados carros de bueyes. Y luego, nos contaba las leyendas interminables de sus andanzas guerreras.

A mí se me había metido todo aquello en el alma; y, lo había tomado tan a pecho, que a cada instante me sentía un recio e impetuoso capitán de caballería pampera. En casa me le envalentonaba a la buena madre, a los hermanos mayores y aún a mi padre, no obstante lo rudo que era, ¡como que sabía yo lo que valía una *trompada* suya!

Pero una vez amanecí de mal humor: me atreví a faltarle el respeto a Hilario el caporal... y llamaron a mi padre.

—Mira Juan, — le dijo el mayordomo, — ese muchachito no puede continuar en la hacienda... ya *se puso* con don Hilario y... no puede ser!...

Total: que tres días después mi padre me mandaba a otra provincia, a casa de un amigo suyo, casado, y que había sabido hacerse de unas vacas suyas, un pedazo de tierra suyo, etc. etc.

“Ahí te mando mi hijo para que me lo formes un hombre. Tiene dieciseis años, y aunque un poco levantisco, le gusta trabajar, y creo que llegará a ser un buen jinete.”

Me desprendí de los brazos de mi madre, llorando, aquella madrugada. Mi tía Andrea, con la cabellera destrenzada y las manos en el rostro, sollozaba. Me lance de ahí como un ladrón. Si me quedo un momento más, no me voy!

Con el corazón oprimido dije adiós a aquellas llanuras amadas. La niebla se elevaba en densas espirales, como una oración al azul. El sol se levantaba perezosamente entre las fa-

jas opalescentes del horizonte. Una banda de loros pasó en marcha por el espacio con su algazara hilarante, estrepitosa y salvaje. Los rebaños comenzaban a levantarse y la llanura se poblaba toda de ruidos.

Tres días después me encontraba frente a frente con el amigo de mi padre. Después que leyó el papel, me miró con curiosidad.

—Ajá, con que Juan, no puede tenerte allá porque eres bruto... y te empaqueta para acá ¡Bueno! De levantiscos y de valientes es que necesitamos aquí. ¡Vieras que potros tengo... están pidiendo a gritos un buen jinete!

Este hombre tenía poco menos la edad de mi padre. En pocos días le demostré que si era yo una *promesa* para eso de resistirle los corcovos a un bicho, también lo era para ordeñar vacas antes del amanecer, con el barro al muslo y bajo la lluvia.

Pasaron cuatro años. No lo extrañes en un cuento: pones tres asteriscos, y con ellos estableces una distancia de cinco, diez, cien años.

¡Quién pudiera colocar entre ciertos acaeceres de la vida las tres estrellitas del cuento! ¡Cuánto diera yo por alejar, alejar inmensamente ciertos recuerdos! Alejarlos, alejarlos, hasta borrarlos para siempre de la memoria!

Yo ya era un mocetón. Mi padre me escribía diciéndome que estaba contento de mí. Que hasta allá llegaba la fama de cómo me las componía yo a la cabeza de una pandilla de peones pampberos.

El amo estaba contentísimo de mí. Hombre joven y altivo, admiraba en mí el corajoso arrojo que yo había adquirido en su casa. Cuando él estaba enfermo, era yo quien se ponía al frente del peonaje. Y esto acontecía con mucha frecuencia, porque debido a un golpe que llevó en una batida de toros bravíos, tenía una afección interna que no le dejaba vivir. Su esposa, la señora Gabriela, no obstante estar joven y vigorosa, se lamentaba de la mucha faena que le daban los padecimientos del amo.

A mí me daba cierta pena la señora Gabriela: tan buena mozota ella, tan aseada, tan garrida, con aquellos ojazos negros, y aquella voz que hacía soñar... y atada a cuidar de un marido enfermo y de dos niños traviesos!

Después de un día de ruda brega en las llanuras, regresé al rancho medio molido. Todo un día arrebatado por el huracán, las polvaredas, los gritos, los relinchos, los esfuerzos máximos.

La señora Gabriela corrió a mi encuentro:

—Miguel! Miguel! Ensilla otro caballo y vé a buscar al doctor... tu amo sigue mal.

En realidad: al día siguiente nos dijo el galeno que el amo se moría.

Me dí a reflexionar con no poca displicencia. "Se muere el amo... esta señora sola necesitará de un hombre... tendrá que volverse a casar... ¡caray!... y el que se case con ella se pondrá en lo bueno: un pedazo de tierra, buen ganado... y los dos hijos que tiene, pues ya están criados!"

Necesariamente se casaría con uno de los ricos de la comarca... El amo vecino, el jefe civil del pueblo... uno de esos!

El amo lanzó el último suspiro.

La mañana estaba despejada. Los patos blanquísimos reflejaban la belleza de sus plumajes en los pozos que a trechos formaba el torrente vecino al precipitarse lanzando el pesado portalón.

Con los ojos arrasados en lágrimas vino hacia mí la señora Gabriela:

—Miguel!... Ya está listo!

Yo traté de llorar también, pero no pude: la maldita lágrima no salió. Me echó los rollizos brazos al cuello sentí la presión cálida y mullida de aquellos pechos duros y lozanos.

La seguí hasta la habitación del difunto.

—Vé, Miguel, monta a caballo... trae de la casa del Paso quince libras de velas de sebo, dos cuentas de bizcochos y media arroba de café para el velorio....

Al sentarse, se enjugó los ojos con la punta del delantal.

Aquellos grandes ojos negros y tristes, parecían más bellos.

—Mira, y que los bizcochos no estén duros... que esas mujeres del Paso son muy zánaganas.

Yo, con el sombrero en las manos... ya me lo iba a poner para marcharme. Mas ella prosiguió:

—Pobre de mí, Miguel... ahora viuda y desamparada, sin un hombre que me dé sombra...

—Pero por los quehaceres no se inquiete, señora Gabriela, que aquí estoy yo....

—Ay, Miguel!... no es lo mismo un peón que un marido.

—Eso, — me apresuré yo, — estaba pensando ahora: a usted no le queda más camino que volverse a casar. No le faltará.... ya lo creo que no le faltará un amo de esos que hay solteros.... ¡válgame Dios! le sobrará ¡con el gozo que hace usted!

—Precisamente lo que pensaba yo... voy y me caso por ahí con uno que no conozca... que como dice el refrán, más vale burro conocido que sabio por conocer... y era lo que me decía poco antes de morir él, tu amo: "Mira Gabriela, que lo que me pesa dejarte sola, así que me pesaría te casases más tarde con un manoabierta que vaya a derrochar lo mío y lo tuyo... Dios

verá que te encuentres con un buen muchacho, así, como por ejemplo... Miguel, tan trabajador y la mucha ley que le tiene a la casa...."

La última palabra se ahogó en su garganta, y a mí se me cayó el sombrero de las manos.

Dominó mis nervios y me atreví a preguntarle:

—Y usted que le contestó, señora Gabriela?

—Pues, pues...—y le dió vueltas a la punta del delantal con el índice, — que me gustarías tú más que ningún otro...

Partí a buscar las cosas que me había encargado. El caballo volaba. La brisa de la pampa zumbaba en mis oídos... pero más que todo zumbaba mis oídos de aquello de "buenamoza, con buen ganado, un pedazo de tierra y dos criaturas ya criadas..."

Fafoel Bolívar Coronado.

Una interesante entrevista con Asunción Silva

Del libro "Tronos Vacantes", por
PEDRO CESAR DOMINICI

"En dos ocasiones fuimos invitados Pedro Emilio Coll y yo, por el poeta, a visitarle en el lujoso cuarto que habitaba en el hotel Saint-Amand, ornamentado por él con pequeños detalles de exotismo placentero; algunos bibelots,— el vocablo estaba en plena moda en aquella época de parisino encanto,—había rosas semi-marchitas en alta copa de cristal. Bebimos café, y nos obsequió con cigarrillos egipcios de boquilla dorada. Ni Coll ni yo fumábamos. Es posible que ni Silva mismo fumase. Pero aquello era de buen gusto; y no teniendo "hatchis" ni ámbar, nos forjaba ilusión, aislándonos hacia doble ambiente literario. Silva vivía por y sobre los libros, es decir, cultivaba su jardín interior entre las frondas del "modernismo" francés de Teófilo Gautier, a quien imitó en sus poesías "ARS": "El verso es vaso santo; poned en él tan solo—un pensamiento puro—en cuyo fondo bullan hirvientes las imágenes,—como burbujas de oro de un viejo vino oscuro"; de Mallarmé, en su hermetismo sugerente; de Verlaine, en su cálida melancolía escéptica y sedienta de nuevos sonidos... Percibiase cierta preparación escénica para nuestra visita. Pero era innegable que, si José Asunción Silva nos legó fragmentos de una novela en la que el personaje principal analizaba constantemente sus sensaciones; de una psicología intensa, pero con sencillez de estilo; en marcado contraste entre las sensaciones que estudiaba, voluntariamente raras y sutiles, y la forma de prosa sin eufemismos ni bellezas de léxico. No recuerdo el plan de la obra, ni lo que intentaba desarrollar el autor; pero es indudable que aspiraba a escribir "algo extraño"; algún conflicto enfermizo de su fuero interior; alguna tragedia del dolor inspirada, quizás, en aquel párrafo sub-

jetivo de una de las escasas páginas de prosa que nos legó el poeta....: ".....el suspiro que viene a todos los pechos humanos cuando comparan la felicidad obtenida, el sabor conocido, el paisaje visto, el amor feliz, con las felicidades que soñaron, que no se realizan jamás, que no ofrece nunca la realidad, y que todos nos formamos en inútiles ensueños". También nos legó Silva estrofas del soberbio canto titulado "Al pie de la estatua de Bolívar", dedicado a Caracas, que comenzaba: "Con majestad de semidiós, cansado, cansado—por un combate rudo— y expresión de mortal melancolía—álzase el bronce mudo,—que el combate del tiempo desafía,—sobre el mármoleo pedestal que ostenta,— de las libres naciones el escudo". Al final, ya para despedirnos, casi de madrugada, Silva nos recitó muchas de sus "Gotas Amargas", algunas de las cuales no han sido publicadas, porque el poeta las sabía de memoria, negándose a copiarlas para que no viesan la luz pública. Las recitaba con mirar malicioso, deseando sorprender el efecto que producían en el oyente."



El poeta venezolano ARVELO LARRIVA

LIRICA VENEZOLANA

LA CULPA

*Y exclamó con grande voz, diciendo: Eli,
Eli, ¿lama sabachtani?—MATEO, XXVII, 46.*

Tras decir la parábola, divina flor del Estro,
bajo la inquieta sombra del sonoro follaje,
al árbol que es la higuera del bíblico pasaje
miró Jesús con ojo más ávido que diestro.

No era tiempo del fruto. Y el hambre del Maestro
contra el árbol tornose, convertida en coraje,
Jesús lanzóle un grito de maldición y ultraje,
la diestra mano erguida con ademán siniestro....

Pero el día del Gólgota, sobre el madero enjuto,
oyó:—Soy aquel árbol donde no hallaste fruto,
y hoy mi fruto es tu cuerpo.—¿Qué voz se lo decía?...

Y en la cruz vengadora Jesús vió su pecado.
Y dió el clamor tremendo, clamor de abandonado,
clamor de amarga duda del dios en agonía.

LA SERPIENTE

Jesús, con sus Discípulos, se alongaba en la ruta.
A la sombra de un árbol la serpiente dormía.
—La que humillada enróscase bajo el pie de María
y en la mano de Eva, fatal, pone la fruta.—

Pedro y Judas rezongan una sorda disputa
sobre sus rancios temas: gobierno, economía.
Despertóse la sierpe: marginal de la vía
se dispuso en acecho, ponzoñosa y astuta.....

Pasa Jesús. Y rápida mordióle la serpiente.
Pedro, contra su fuga, blande el bordón potente.
Mas le detuvo el Cristo, sereno y mesurado.

Con un lirio silvestre limpió la mordedura.
Y vuelto a los Discípulos les dijo con dulzura:
—Toda la culpa es mía, porque la he pisado.

Alfredo ARVELO LARRIVA.

DANZA SLAVA

La bailarina teje sus danzas entre un coro de vírgenes que tienen los cabellos de oro.

Llora trémulo el flébil ritmo de los arpegios y, con la aristocracia de los cisnes egregios, danza la bailarina, melancólica y leve, como un rayo de luna sobre un tapiz de nieve.

La temblorosa curva de su cadera arranca sin opulencia, esbelta; y con gracia donina, sobre la estepa blanca, danza la bailarina.

Llora trémulo el flébil ritmo de los arpegios, y, con la aristocracia de los cisnes egregios, ella teje su danza entre un vuelo de fules pálidos, como el cielo de sus ojos azules.

Y, al compás de un allegro final, la bailarina gira sobre sus pies rápidamente; se detiene, se inclina, y su carne de ópalo rosado se ilumina con un oculto oriente de perla, entre un discreto fulgor de agua marina.

Agel CORAO.

DIALOGO DEL CREPUSCULO

EL

Los libros son perversos... Es mejor que no leas!
 Mi más grande tristeza me ha venido de ellos.
 Descorre las cortinas para que entre el crepúsculo
 y ponte a ver la tarde. La vaga poesía
 de la estrella que surge y el celaje que muere
 es más honda que esa
 poesía que duerme, coronada de lágrimas,
 en las amarillentas páginas de tu libro.
 El dolor que nos viene de ese libro no es noble,
 es el dolor maldito de la carne sin besos,
 de la carne que pide ser mordida, y tú eres
 muy hecha de purezas, muy hecha de blancuras
 para bajar tan hondo...

Es mejor que no leas.

Descorre las cortinas...

ELLA

Ya tengo demasiada serenidad celeste,
ya están hartos mis ojos de hundirse en el crepúsculo:
y siempre que tú escribes me rechazas. Yo quiero,
mientras surgen tus versos, oír cómo palpita
tu corazón, y cómo
se va volviendo música
la sangre de tu alma.

Quiero sentir muy cerca de mí tu pensamiento.
Yo no habré de inquietarte... tú verás... soy tan level!
¿Verdad que tú me dejas apoyarme en tus hombros?

EL

¿Acaso entre mis brazos no te has dormidō siempre?

ELLA

Pero es que cuando escribes y me rechazas, pienso
que soy tan miserable, tan baja, que ni quieres
difundir en tus versos el dolor de mi vida!
Muchas noches de ésas cuando tú fatigado
de trabajar,, me buscas,
y en mis senos desnudos apoyas la cabeza,
me he sentido asesina
y he gozado el deseo, el trágico deseo
de hurgar en tus entrañas,
y matar esa fuerza divina que te hace
interpretar la muda elocuencia del árbol
y presentir la gloria del fruto no nacido...

Tú no sabes lo horrible de esta pregunta eterna:
¿Si todo me lo ha dicho, para quién hace versos?

René BORGIA.

CANTAR DE GESTA

Desfilan los héroes bizarros, al redoble del parche guerrero;
Y distiende sus alas de seda sobre el mundo el altivo pendón;
En las sienas augustas el lauro cobra todo un fulgor de lucero;
Son los Andes soberbios su plinto y el azul es un claro blasón.

La victoria conduce sus pasos; y desnudo el olímpico acero
Se apereiben a homérica lucha, de las trompas marciales al són.
El Peán eternice sus triunfos en la magia del ritmo severo,
Ya que rosas de sangre ofrendaron a la patria en suprema oblación.

Rompe filas ilustre Caudillo, cuya mano gobierna la espada
Que de sí da vivaces reflejos, y conduce la noble mesnada
Por llanuras y cimas ingentes, al clamor de rotundo clarín.

Las garzotas el viento sacude con un ímpetu rudo, Canciones
En las liras de oro resuenan para aquellos insignes varones
Que miraron brillar la epopeya en la gloria del sol de Junín.

Eduardo CARREÑO.

MOTIVOS BIBLÍCOS

ESTHER

Con encendida clámide escarlata
y joyeles de rica pedrería,
el bizarro monarca se atavía
en su lujosa cámara de plata.

Tu llegas.... Un fulgor de epifanía
radian tus claros ojos de anunziata.
¡Cómo al alma subyuga y arrebatá
tu garbo extraño de mujer judía!

.....

Edisa....Esther....marífica y sublime
más que las rosas de Susán: redime
siempre en ardiente súplica tu lloro;

Para que el rey librando tu existencia,
como símbolo puro de clemencia
extienda sobre tí su cetro de oro.....

Federico MOLEIRO.

EVOCACIÓN

Amada mía, al evocar los tiempos
en que estuvimos juntos,

aquellos tiempos idos
aquellos tiempos únicos,

vienen a mi memoria

pálidos y confusos

como vagos fantasmas, los recuerdos.....

El caserón vetusto,

alguna noche clara de verano.

Pero al cabo, de súbito

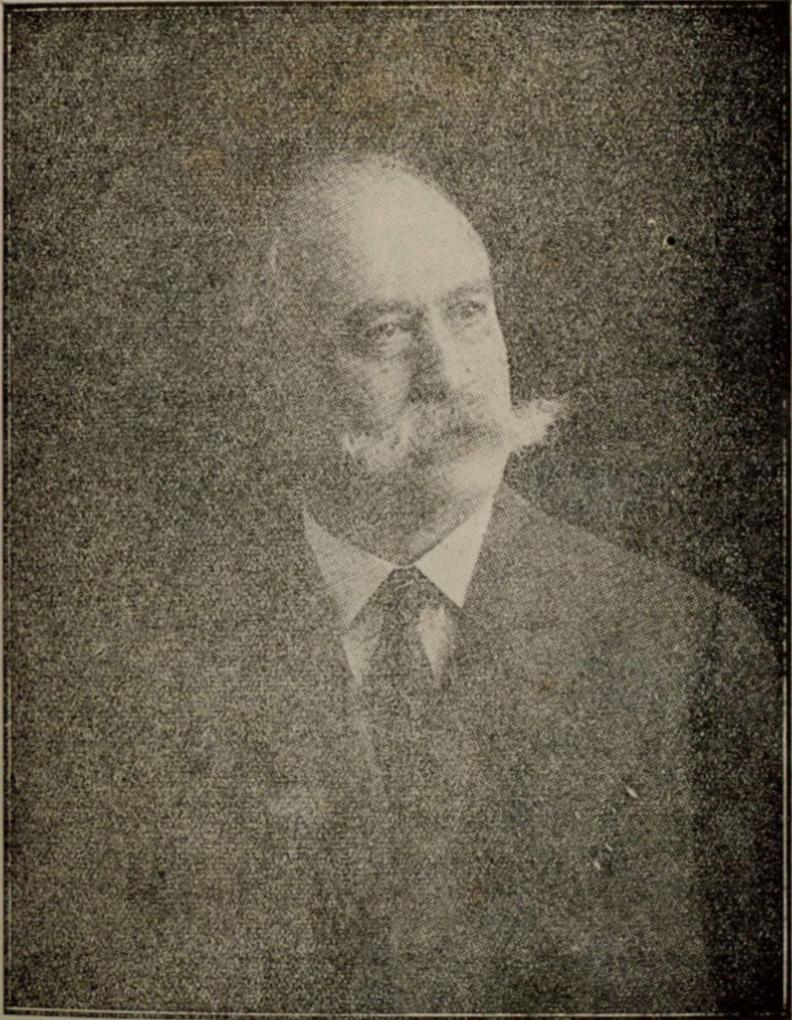
todo se pierde en la memoria mía,

y del pasado turbio

queda el ensueño luminoso y triste

de tus ojos profundos.....

Moisés MOLEIRO.



GENERAL PEDRO NEL OSPINA, Presidente de Colombia.



Dr. FABIO LOZANO T., Ministro de Colombia en el Perú

Literatura Colombiana

Colombia es en América desde los tiempos más remotos, uno de los países más ricos en literatura y poesía y también de los más alto coeficiente cultural y espiritual. Cuna de Asunción Silva el genial precursor del Modernismo que con Rubén Darío, el Joven Patriarca, es una de las más hermosas figuras de la lírica latina, ha visto erguirse sobre su suelo otros dos grandes poetas de obra indiscutible y perdurable: Guillermo Valencia y Luis C. López, el notable cantor de las cosas rurales. Con ellos, la alta figura de Sanín Cano el ensayista supremo y "maestro de maestros según frase de Valencia. Peldaños abajo, un brillante desfile de poetas como Eustacio Rivera, Villafañe, Londoño, Marín, Arciniegas, Rach Isla, Castillo y escritores de la talla de Vargas Vila, el tremendo, caudaloso, célebre y ególatra autor de innumerables panfletos, novelas, cuentos, páginas de crítica, prosas poemáticas, etc. Vargas Vila es un caso único en la literatura de habla española, un caso de nefastas consecuencias de vargasvilismo. Igualmente son dignos de mención Sonderéger de espíritu nómada e inquieto, Restrepo Gómez, Rosales y otros. Sobre todo Carrasquilla Mallarino de personalidad lírica culminada y de celebridad creciente. Luego poetas laboriosos como Dimitri Ivanovich, bohemios como Ciro Mendía y fervientes como Blanca de Jaramillo Mesa. Por último, una legión de inquietos forjadores de belleza y renovadores del ambiente literario de su país, entre ellos Rafael Maya, Bernal Jiménez, Arciniegas, Grief y tantos más: artistas, poetas, críticos y escritores de los más diversos matices, y dentro de los cuales se agita, lo declaramos enfáticamente, más de un espíritu joven de tentáculos luminosos y genial temperamento que ha de marcar alta cifra en el termómetro de la gloria. Colombia tiene que esperar mucho de esta generación última que como la nuestra, como la de México, del Uruguay, Chile, la Argentina o el Brasil está llamada a dar estupendas revelaciones de arte.

La Psicología del pueblo español

SU EXTRAORDINARIA PACIENCIA

A juzgar por las opiniones de la prensa española desde los tiempos de Larra a nuestros días, el pueblo, en su mayoría las clases menos favorecidas por la fortuna, es discolo, rebelde indisciplinado. Esas mismas opiniones lo suponen enemigo de toda autoridad constituida. Respecto a tal enemistad, no me atrevo-

ría a decir que no exista; me ocurre solamente pedirle al discreto lector que compare la actitud de las masas populares españolas con la que guardan esas mismas gentes en la república de Alemania, en Francia mismo y en la sólida disciplina de Inglaterra.

La gente española no se distingue por sus instintos de rebeldía ni por su indisciplina y turbulencia, de los otros pueblos europeos del momento presente; acaso se diferencia de ellos porque resulta más sumiso. Cuanto a la indisciplina, es notorio que las turbas no se disciplinan por sí mismas: en los prodromos de la civilización el jefe surge como representante de la divinidad y crea la familia, la tribu, el "polis" eterno y omnipotente. De tal manera si un pueblo aparece díscolo e indisciplinado, en perpetua rebeldía contra lo existente, la culpa no es del pueblo, sino de los que por mandato popular o por pura abnegación y sin que nadie se lo exija, han echado sobre sus hombros la tarea de conducirlo, por buenas o por malas, a mejores destinos. Pero la historia y los hechos contemporáneos demuestran a una que el pueblo español es acaso el más fácil de someter a una estricta disciplina. Políticamente, es capaz de grandes entusiasmos y de admiración limitada para los tribunos populares o los grandes oradores parlamentarios. Se deja arrebatarse fácilmente por la palabra hablada, a reserva de exponer las más tremendas dudas sobre el mérito y la verdad escrita, especialmente si proviene de gentes avezadas a la política.

Se han dicho terribles cosas en España y fuera de España contra el cacique. Pues el cacique es la prueba más elocuente del espíritu disciplinario y sumiso del pueblo español.

Una prueba histórica del espíritu de disciplina en el pueblo son las elecciones que se hicieron a raíz de la primera agitación creada por la actitud de las juntas de defensa. El Gobierno de entonces, o por temor o por convicción, determinó permanecer extraño a la política de partido y garantizar el derecho de todos en la lid electoral. Sinceramente ordenó a sus agentes que se abstuvieran de influir en el resultado de los comicios y puso en juego las medidas de que podía hacer uso para garantizar la pureza del sufragio. Las elecciones pasaron en calma relativa y los diputados electos resultaron, con pocas excepciones, ser los mismos de las cortes anteriores. La disciplina había obrado por sí misma, sin necesidad de que el Gobierno se desprestigiase por medio de la coacción. El cacique, centro de la disciplina, continuó ejerciendo su influencia cuando fallaron los otros elementos. La disciplina, como una fuerza de inercia, se prolongó después de terminado el impulso a que estaba obedeciendo hacia medio siglo.

Pasividad y templanza

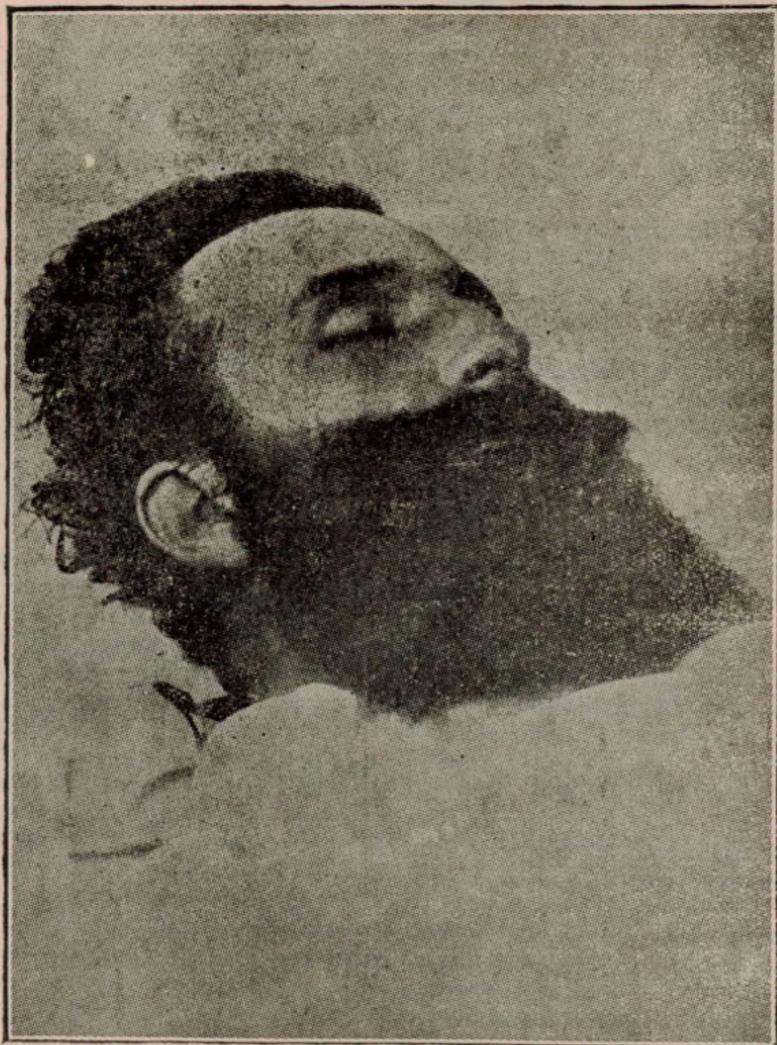
No, el español no es un ente indisciplinado, a lo menos no lo es el madrileño, a quien conozco menos superficialmente que a los habitantes de otras regiones peninsulares. Al contrario, el hombre de esta corte se distingue por su excesiva, por su inexhausta paciencia. Las costumbres le han forzado a adquirir esta virtud a través de generaciones. Las muestras de ecuanimidad y tolerancia que da continuamente el madrileño son de una evidencia irrefragable. Entre diez o doce de la mañana y entre cinco y nueve después del medio día se agolpa la multitud a esperar el tranvía que debe llevarlos a sus negocios o reintegrarlos a la paz de sus hogares, cumplida la faena diaria. Pasan con lentitud extraordinaria carros y más carros movidos por la electricidad: la calle de Alcalá, vista de una azotea, parece un riachuelo seco por donde desenvolvieran penosamente sus anillos de color de gualda, tachonados de rojo, dos serpientes kilométricas. Son los carros del tranvía que van pasando llenos hasta el tope. La gente que aguarda puesto en esos vehículos va aumentando de minuto en minuto, se convierte en hormiguero humano, pierde la conciencia individual, se mueve como las olas del océano y espera, espera. Entretanto, ni una nota de rebeldía, ni una exclamación de despecho. Súbitamente se apagan las luces del interior de los carros. Es señal de que se ha róto la corriente eléctrica, y todos los vehículos movidos por ella cesan en su blando movimiento. La parada dura, uno, cinco, veinte minutos. La multitud que aguarda afuera entra en diálogos animados con la privilegiada y oprimida que va en los carros; cambian dichos ingeniosos; cada cual se burla de la equívoca posición del otro. Nadie se queja. Ni una protesta amarga, ni una voz de rebeldía. Aquello parece una cosa natural y en efecto lo es, porque el aficionado a la contemplación del montón humano, el que ande a caza de notas sobre la psicología en las multitudes, puede aquí enriquecer su experiencia con datos innumerables cada día que pasa.

Pendiente del teléfono puede verse a un caballero que espera comunicación durante un cuarto de hora. No se impacienta. Sin lograr su objeto abandona al cabo de un tiempo el aparato mirando hacia el suelo resignadamente como si meditara en un sutra complicado de la doctrina budhista. Hay quien espera sin una queja en Madrid a que llegue un baúl depositado en Barcelona en la estación del ferrocarril, dos meses, tres meses antes. La paciencia es la virtud básica o la flaqueza fundamental del madrileño. La historia se desenvuelve a su vista sin perturbarle la imaginación. Los hechos, cosa áspera y aún punzante para el hombre imaginativo, se suceden unos a otros sin alterar su ecuanimidad.

En una agrupación de gente impulsiva los accidentes repetidos con frecuencia sacuden la conciencia pública y alteran la

quietud ciudadana con pedreas, con asaltos a la propiedad complicados en ocasiones con muestras de desprecio a la vida de... los otros. En Madrid la vida ordinaria tiene muchos atractivos, hasta para el hombre sin fortuna, el cual parece haber llegado a la conclusión de que ejercitar a menudo la paciencia es un impuesto moderado que se paga por vivir en un paraíso transitorio.

B. Sanín CANO.



El gran poeta ASUNCION SILVA, tal como fué encontrado en su lecho de muerte

EL BARBERO

El barbero del pueblo que usa gorra de paja,
zapatillas de baile y chaleco de piqué,
es un apasionado jugador de baraja
que oye misa de hinojos y habla bien de Voltaire.

Lector infatigable de "El Liberal", trabaja
alegre como un vaso de vino Moscatel,
sonriendo mientras limpia la cortante navaja
chismes, todos los chismes de la mística grey.

Con el señor alcalde, con el veterinario,
unas buenas personas que rezan el rosario
y hablan de los milagros de San Pedro Claver

departe en la cantina, discute en la gallera,
sacando de la vida, recortes de tijera
alegre como un vaso de vino moscatel.

Luis C LOPEZ.

EL SURTIDOR

Interminable teoría
de mujeres que ví una vez
que no quise, que no me amaron,
y que sin embargo besé.

Lángidas vírgenes rurales
condenadas a atardecer
sin recuerdos, y cuya vida
con un recuerdo perfumé.

Otoñales alambicadas,
convencidas de que a sus pies
giran los hombres; inocente
vanidad que yo hice crecer.

Muchachas feas que en las fiestas
no participan del minué:
a mi paso tuvo la vida
en sus bocas sabor de miel.

Inexpertas recién casadas
que no habían encontrado quién
diera prestigio novelesco
a su monótono deber.

Aprendices de cupletista
y bailarinas de café,
en mi caricia presintieron
días de gloria y de poder.

Hembras altivas y triunfales
que en su triunfo y en su altivez
comprendieron que era mi beso
otro mirto sobre su sien.

Y después las de la avenida,
las del cinema, las del tren.....
En su mediocre tedio diario
brilló un instante de placer.

Mi voluble afán de mujeres
no es donjuanesco ni cruel,
es surtidor piadoso que alzo
para que mitiguen su sed.

Nunca mis labios se arrepienten
de besar sin saber a quién;
vale más la ilusión dorada
que el oro para una mujer.

Ilusión, razón de la vida
que hice mil veces florecer:
pasan las cosas, todo muere
y sólo tú quedas en pie.

Ultimo amor de las mujeres
en el umbral de la vejez.

Nada en la vida les fué bueno
y ellas piensan que pudo ser.....

Juan Lozano y LOZANO.

TIERRA DE PROMISION

Cantadora sencilla de una gran pesadumbre
entre ocultos follajes, la paloma torcaz,
acongoja las selvas con su blanda quejumbre
picoteando arrayanes y pepitas de agraz.

Arru.....rrun.... canta viendo la primera vislumbre,
y después por las tardes, al reflejo fugaz,
en la copa del guáimaro que domina la cumbre
ve llenarse las lomas de silencio y de paz.

Entreabriendo las alas que la luz tornasola,
se entristece la pobre de encontrarse tan sola;
y esponjando el plumaje como leve capuz,

al impulso materno de sus tiernas entrañas
amorosa se pone a arrullar las montañas.....
Y se duermen los montes..... Y se apaga la luz...!

José Eustacio RIVERA.

LA TRISTEZA DEL LAUREL

Lauro que yo buscaba con empeño de artista,
en las lides sin sagre de la Santa Belleza,
cuando estabas lejano te soñé con tristeza
y hoy que exornas mis sienes tu frialdad me contrista.

¿De qué me ha has servido, si al ceñir mi cabeza
no hay quien en tí demore con ternura la vista,
y si a tiempo que eres galardón de conquista
mi pan sigue sirviéndose en mantel de pobreza?

Quizás quienes te buscan imaginan que tienes
la virtud taumaturga de poner en las sienes
esplendores triunfales y blanduras piadosas.

Mentira! Yo te porto sobre la frente y siento
que tu verdor inútil aviva el sentimiento
triste de la infinita vanidad de las cosas.

Miguel Posa ISLA.

lo miré... lo miré...
 ¡Y era Yo, y era Yo mismo el extraño
 que maté... que maté!
 En mi mesa había un poema principiado
 y un jazmín...
 ¡Pobre cisne degollado,
 pobre Abel estrangulado
 por Caín!

Yo maté al poeta, al *Otro*
 que era el bueno, que era el dulce, el Soñador;
 y maté con él la Vida, el Ensueño, la Alegría,
 y maté, como se mata algo ruin, la Poesía...
 —¡Asesino, asesino del Amor!

Ricardo NIETO

UNA FLOR DEL ARROYO

Dejó en su pueblo al familiar alero
 y se fue a la ciudad desconocida,
 y la ciudad, la eterna pervertida,
 le ofreció pan, caricias y dinero.

Princesa del erótico hormiguero
 del Vicio, fue por todos elegida;
 en la vida triunfó, pero la vida
 le dio al fin el dolor por compañero.

A su aldea volvió llena de lacras:
 mancilladas las manos antes sacras
 y los labios heridos por los besos...

Humana ruina igual nunca se ha visto:
 contar se le podían, como a Cristo,
 a la pobre mujer, todos los huesos...

Ciro MENDIA.

POR EL MAGDALENA

Dormita el platanal... .Un sol de estío
 con su lumbre voraz dora el paisaje,
 mientras en lento y perezoso viaje
 va la piragua remontando el río.

Perdido en el vegón, cabe el sembrío
 cámbulo enorme de feraz ramaje,
 como sumido en éxtasis salvaje
 en silente quietud sueña un bohfo.....

lo miré... lo miré...
 ¡Y era Yo, y era Yo mismo el extraño
 que maté... que maté!
 En mi mesa había un poema principiado
 y un jazmín...
 ¡Pobre cisne degollado,
 pobre Abel estrangulado
 por Caín!

Yo maté al poeta, al *Otro*
 que era el bueno, que era el dulce, el Soñador;
 y maté con él la Vida, el Ensueño, la Alegría,
 y maté, como se mata algo ruin, la Poesía...
 —¡Asesino, asesino del Amor!

Ricardo NIETO

UNA FLOR DEL ARROYO

Dejó en su pueblo al familiar alero
 y se fue a la ciudad desconocida,
 y la ciudad, la eterna pervertida,
 le ofreció pan, caricias y dinero.

Princesa del erótico hormiguero
 del Vicio, fue por todos elegida;
 en la vida triunfó, pero la vida
 le dio al fin el dolor por compañero.

A su aldea volvió llena de lacras:
 mancilladas las manos antes sacras
 y los labios heridos por los besos...

Humana ruina igual nunca se ha visto:
 contar se le podían, como a Cristo,
 a la pobre mujer, todos los huesos...

Ciro MENDIA.

POR EL MAGDALENA

Dormita el platanal.... Un sol de estío
 con su lumbre voraz dora el paisaje,
 mientras en lento y perezoso viaje
 va la piragua remontando el río.

Perdido en el vegón, cabe el sembrío
 cámbulo enorme de feraz ramaje,
 como sumido en éxtasis salvaje
 en silente quietud sueña un bohío.....

Una banda de loros cruza el cielo.
Un martín pescador detiene el vuelo
de un tronco viejo entre las ruinas muertas.

Y en las playas reseca, sin afares,
se asolea una tribu de caimanes
con las torvas mandíbulas abiertas.....

CUADRO DE ENERO

Mañana de invierno cruel
El sol no muestra su brillo;
el aire corta la piel
como si fuera un cuchillo.....

Empieza a nevar..... Brumoso
el día, como un sofisma.....
Y el piso tan resbaloso
que hace temer por la crisma.

Rojos de frío los carrillos,
las manos en los bolsillos,
pasa un bohemio infeliz,

llevando, mientras tiritita
una trémula gotita
debajo de la nariz.....

Julio Alberto RUBIO.

PSIQUIS

Amo la media luz, el tinte vago
de los paisajes muertos
que alumbra la agonía del crepúsculo
con matices enfermos;
el sueño de los sauces solitarios
cuyos ramajes secos
se desgajan al soplo de la tarde
sobre las cruces de los cementerios.
Amo la soledad contemplativa
de los lagos discretos,
y la serenidad de los sembríos
remansos verdinegros;
las hojas secas, los antiguos muros,
la palidez de los caminos viejos
y el apagado azul de las montañas
dormidas a lo lejos;
las cosas tristes, las desiertas ruinas
de los abandonados monasterios
donde al claror marchito de la luna

a media noche danzan los espectros!
 Amo, en tardes de Otoño, los rosales
 de tinte amarillento
 que se enredan en torno a las ventanas
 de los nobles castillos solariegos;
 la honda gravedad de los cipreces
 que custodian los blancos mausoleos;
 los lirios que florecen en las grietas
 de los sepulcros negros.

y en el ruinoso torreón vetusto
 el romance agorero
 de los buhos filósofos
 en las noches de invierno.

Amo las cosas suaves y sencillas,
 los humildes objetos
 que nada valen en la burda feria
 de los hombres perversos:

las niñas tristes de marchitas manos
 como jazmines secos;
 los niños pobres que devora el hambre,
 los seres imperfectos.

Las cosas que nos hablan al oído
 de los antiguos tiempos:
 los ramos desteñidos en el fondo
 de los cofres más viejos;
 las cintas que perdieron el perfume
 a travs de los años; los recuerdos
 que ponen en los ojos una lágrima
 y un suspiro en el pecho.

Amo las cosas graves y serenas,
 los pinos y los cedros
 de la colina que arrulló la infancia,
 los nativos senderos,
 los robles familiares del cortijo
 que tenía claveles siempre abiertos
 y perfumes y ensueños y alegrías,
 todo al amparo del amor materno;
 los sitios del ayer, los dulces sitios,
 la vieja casa maternal, el huerto
 y el cementerio de la aldea en donde
 descansan los abuelos!

Amo la media luz, los tonos graves,
 las cosas tristes, los perfumes viejos,
 los ópalos marchitos
 y los paisajes muertos!

J. B. Jaramillo MEZA. (Colombiano).



BAUTISTA SAAVEDRA, Presidente de la República de Bolivia



Dr. JULIO ARANA URIOSTE, Encargado de Negocios de Bolivia.

LITERATURA BOLIVIANA

La república del Altiplano no tiene la frondosidad tropical de otros países, en materia de producción literaria, mas ha dado al Continente valores indiscutibles como Alcides Arguedas, autor de "Raza de Bronce" y "Pueblo Enfermo", obras con las cuales marcó honda huella en el espíritu de su patria; Franz Tamayo que con Jaimes Freyre sostiene el cetro de la lírica boliviana. Franz Tamayo es un espíritu que además se dedica a las más complejas actividades mentales, y uno de los cerebros de más densa cultura que hay en Bolivia. Jaimes Freyre, ministro de su país en el Perú, es igualmente un severo y conmovido poeta cuya vasta producción enriquece el acervo de la lírica americana. Descuellan de otro lado, Eduardo Diez de Medina, literato y diplomático, Gregorio Reynolds espíritu agitado por hondas sugerencias, Rosendo Villalobos, Jaime Mendoza y otros.

La juventud intelectual está representada por los poetas Victor Ruiz de puras y armoniosas melodías, Caprills, y otros

Al hacer esta nota queremos dejar constancia de que acaso por el aislamiento orgulloso en que viven los intelectuales de Bolivia, no conocemos más a fondo el agudo movimiento de renovación que se opera en esa República. Nos parece, sin embargo, que si no está en la generación última, pronto llegará para este simpático país, el gran poeta representativo a que tiene derecho en Hispano-América.

La obra de Alcides Arguedas

Interesante historia la de este grave y noble escritor. Primero, en su Bolivia natal, estudió, con lúcido patriotismo y doliente amor, los males de su "pueblo enfermo". Viajó por Europa para olvidar su desencanto y escribió un libro sólido y triste.

Pero, su pueblo enflaquecido y sin salud no quería morir. Pidió admoniciones al escritor, le llevó a la diplomacia, a la política. Que abandonara su torre amarga el analista. Que plasmará realidades en lucha cotidiana. Primer contacto del intelectual y del medio inferior, de la apasionada "plebe en acción". ¿Qué será el sociólogo en este nuevo avatar de su vida inquieta, ministro, caudillo, capitán de voluntades, profeta que gime en la puna desolada?

Con fervor seguimos su esfuerzo en que se juntaron dolores y esperanzas. Arguedas olvida su libro acedo y cree resueltamente en una patria remozada. En novelas se derrama su acti-

vidad intelectual. Le interesa el destino de la raza proscrita, "la raza de bronce", humillada y agotada, el indio sobre cuya historia gravita un ingenuo mesianismo. Trabaja en el Congreso Nacional pero vive lejos de la ciudad, en un refugio sin molicic, sin el vino horaciano, ni ritmo de égloga.

Entre tanto, reunía documentos, visitaba los antiguos templos abandonados. ¿Había muerto en él la fé necesaria al hombre de acción? Amigos que admirábamos su talento, Blanco Fombona, Barbagelata, el que firma estas líneas, le sugerimos que escribiera, con severa imparcialidad, la historia de Bolivia. Al dedicarnos su obra ha recordado esta afectuosa complicidad. Seguros estábamos del éxito de su notable empeño.

Pero, al transmutarse el crítico en cronista, abandona el país y vuelve a Europa, silencioso, desengañado, desnudo de esperanza. De los archivos en que sumergió sus maños trémulas surgió tal vez la visión dantesca de una patria condenada a permanente anarquía, de tiranías sin grandeza, de "Césares de Todo."

Arguedas nos ha dado su confesión que es como un capítulo americano del *Uomo finito* de Papini. El escritor se declara fracasado. La democracia le ha abandonado, ni le lee, ni le escucha. Enhiesto su espíritu, creció en ambición y en fé, acaso soñó en ser el Reformador de su pueblo y solo le queda el voluntario destierro como término a andanzas ilusivas. Como él, otros escritores de América que avanzaban en actitud de conquista, buscan el olvido y la paz. Arguedas ha escrito su breve elegía.

Teníamos, en nuestras repúblicas, historias dománticas sin segura documentación, visión más que exámen, resurrección sin el soplo de los libros frenéticos de Michelet; o lenta investigación esclava de la cronología a la que faltaban perspectivas e ideas generales. Con Gil Fortoul, maestro de nuevas direcciones, el género se transforma. Es más precisa y más rica la información; el cronista estudia el espíritu de las épocas, tras la acción de individualidades con apetito de imperio, descubre oscuras corrientes de acción política; el duelo, en las almas, de razas que no han llegado a concertar su ambición. Arguedas pertenece a esta nueva escuela.

Con absoluta sinceridad empieza a escribir su Historia. Sin otra pasión que el culto de su patria, examina papeles inéditos, estudia libros raros, sigue en las bibliotecas la curva de un pasado singular, de uno a otro volumen observamos evidente progreso. En el primero, se limitaba a ajustar noticias y testimonios. En el segundo, consagrado a los *Caudillos letrados*, el historiador ordena los hechos en torno a figuras soberanas, juzga, compara, interviene como el coro antiguo con reflexiones y sugges-

liones mientras combaten los personajes secundarios. Conocemos ya el plan de libros venideros. Ve animarse la narración y veremos llegar los años trágicos como ineludible consecuencia de la anarquía de medio siglo.

¿Qué son los "caudillos letrados"? Con ironía los denomina así el historiador, porque ellos se separan también de los "doctores" y prefieren la fuerza muda a la ciencia difícil, el *sic jubeo* a un lento examen de razones y consecuencias. Ni Velasco, ni Blanco, ni Ballivián, ni el mismo Santa Cruz forman parte de la estrecha clase de los que saben y meditan. Son hombres de ambición desatada y de firme acción. ¿Van a construir, con heroica voluntad, una patria seria, vencerán al caos con la violencia? La historia de Arguedas demuestra que, en Bolivia, como en México o en el Paraguay, sin esfuerzo de organización y pacificación, en el establecimiento de clases y partidos, sin la definición de intereses, sin sublime desinterés en los que mandan, la dictadura perpetúa un estado de incertidumbre y de guerra interior. En vez de crear el orden multiplica el desconcierto. En naciones que no tienen aristocracia civil o militar ni se enorgullecen de seculares tradiciones es entonces la degeneración la miseria moral, el servilismo, el *ruere in servitium* de Tácito.

Santa Cruz, el más ilustre de los caudillos bolivianos, un napoleónido de ultramar, lo "reducía todo a su misma persona", según el testimonio de un diplomático francés de la época, M. Buchet Martigny. En lugar de regenerar a su pueblo, de poner facultades de zar criollo en favor del orden futuro, sólo guardó favores, escribe el mismo testigo de excepción, para quienes le adulaban, le obedecían y le servían ciegamente.

Menéndez y Pelayo sonreía porque don Diego Barros Arana había estudiado la historia de Chile en tantos volúmenes como los que consagrara Mommsen al prodigioso destino de Roma. Sin duda criticaría a Arguedas que, en ocho libros, estudia los períodos principales de la historia de Bolivia. ¿Por qué hemos de reducir a menudas proporciones la vida de estos nuevos pueblos destinados a futura grandeza? Erró quizás el crítico español. Nada significan actualmente esas naciones en el mundo, espectadores de una tragedia en que son otros estados personajes esquilinos. Dentro de dos siglos, si se cumple el vaticinio de Macaulay, si Europa perece en guerras de definitivo agotamiento, a las democracias americanas irá la simpatía de los últimos herederos de la civilización greco-latina. ¿Qué útil función entonces la de minuciosos historiadores que, como Villani o Giuociardini en Italia, estudiaron con amor las primeras décadas de repúblicas turbulentas!

Antes de que lleguen esos tiempos de plenitud, desde ahora,

Arguedas contribuye a la formación de la conciencia nacional en Bolivia, vincula el presente inseguro al pasado de luchas y esperanzas, enseña que los muertos nos gobiernan en rutas que conducen a un extremo optimismo, pone las bases de su clara esperanza. La historia de este escritor pesimista es un monumento de fé.

F. GARCIA CALDERON.

SIEMPRE

Tú no sabes cuanto sufro! Tú, que has puesto más tinieblas en mi noche, y amargura más profunda en mi dolor!
Tú has dejado, como el hierro que se deja en una herida, en mi oído la caricia dolorosa de tu voz.

Palpitante como un beso; voluptuosa como un beso voz que halaga y que se queja; voz de ensueño y de dolor... Como sigue el ritmo oculto de los astros el oceano, mi ser todo sigue el ritmo misterioso de tu voz.

¡Oh, me llamas y me hieres! Voy a tí como un sonámbulo, con los brazos extendidos en la sombra y el dolor... Tú no sabes cuanto sufro; cómo aumenta mi martirio temblorosa y desolada, la caricia de tu voz.

¡Oh, el olvido! El fondo obscuro de la noche del olvido, donde guardan los cipreses el sepulcro del Dolor! Yo he buscado el fondo obscuro de la noche del olvido, y la noche se poblaba con los ecos de tu voz....

LA NOCHE

Agitadas por el viento se mecen las negras ramas; el tronco, lleno de grietas, al rudo empuje vacila, y entre el musgo donde vagan los rumores de la noche rompen la tierra y se asoman las raíces de la encina.

Van las nubes por el cielo. Son Endriagos y Quimeras y enigmáticas Esfinges de la fiebre compañeras, y Unicornios espantables y Dragones, que persigue la compacta muchedumbre de las venenosas Hidras; y sus miembros desgarrados en las luchas silenciosas ocultan con velo denso la faz de la luna lívida.

Saltan sombras de las grietas del viejo tronco desnudo, y hacia la selva en fantástica carrera se precipitan, sobre el musgo donde vagan los rumores de la noche y amenazantes se yergen las raíces de la encina.

Extraños seres que visten singulares vestiduras, y abandonan sus heladas misteriosas sepulturas, en el sueño pavoroso de una noche que no acaba...

Mientras luchan en el cielo los Dragones y las Hidras,
y sus miembros desgarrados en los choques silenciosos,
ocultan con velo denso la faz de la luna lívida.

Ricardo JAIMES FREYRE.

Un gran escritor boliviano



¿Cómo? Existen grandes escritores sudamericanos que no nacieron en el Río de la Plata? ¿Puede haber en Perú o en Bolivia, o en Ecuador o en Colombia, literatos con luz en la médula? Imposible... Los argentinos y los uruguayos hemos acaparado todo el talento de la América Latina. Culminamos. Fulminamos... Fuera de nosotros, los demás son escritores mediocres. Son amateurs. Son "poetas tropicales"...

Leopoldo Lugones dijo hace poco:

—“Yo no leo libros en castellano. Y menos de Sud América”....

Y así pensamos todos. Vivimos en la dulce ignorancia de los analfabetos. Cuando nos piden una opinión sobre escritores de América, movemos la cabeza. Callamos... ¡oh, la elocuencia de las bocas mudas! El “hortus conclusus” es maravilloso. ¿Por ser huerto? No. Por ser cerrado..

—¿Conoce Ud. a Franz Tamayo?

—No.

—Aquí tiene sus libros....

Pasa el tiempo. Leemos por cansancio. Pero, leemos.... Y abrimos los ojos. El alma se nos asoma por los párpados para beberse el libro....

—De dónde sale este hombre? ¿De qué nube surgió este escritor de maravillas?

—De ninguna. Es un hombre de Bolivia. Es un hombre de América. Es un hombre...

Y el espanto nos llena de vergüenza. Toda nuestra enciclopedia se derrumba. La torre de nuestro orgullo tiembla en su marfil. ¿Marfil? Celuloide...

Como poeta, Franz Tamayo es superior a todo lo moderno. Es un clásico. Y es un futuro. Su tragedia lírica “La Prometheida” o “Las Oceanides”, es un poema luminoso. Como prosista, es un herrero de ideas superiores al ambiente. Muerto Rodó, Franz Tamayo puede reemplazarlo. Rubén Darío que tuvo siempre el talento y la osadía de buscar oro en América, encontró en Tamayo una mina secreta. Con aquel su romanticismo desinteresado que le hizo víctima de sus propias virtudes, Darío proclamó antes que nadie la excelencias de este hallazgo....

Franz Tamayo, cuando sea conocido a fondo en los aduares del Río de la Plata, será un maestro de la juventud. Ya lo es en Bolivia, donde la esperanza de sus verdades hace crisar los puños de los falsos conductores del pueblo.

En uno de sus escritos figura esta breve descripción humana de los americanos. ¿Humana?... A través de sus palabras vése el alma del lírico pedagogo, diciendo, en ironía, las verdades del barquero.

Oidle:

“Creemos que los pueblos se hicieron para servicio de los gobiernos y no para el de los pueblos; creemos que la ciencia debe ser adquirida para satisfacer nuestras concupiscencias personales y no para aumentar el bienestar de la colectividad; creemos que el arte, y muy particularmente el arte de escribir debe esquilmarse como una heredad o una vaca en vez de ser el divino instrumento elevador y sublimador del hombre interno que entre nosotros llevamos; creemos en la fecundidad de la pereza, en la eficacia de la mentira; en la licitud de todo procedimiento

que lleva al éxito aunque aleje de la honestidad; y es así como este continente de Jimios, al decir de los alemanes, ha visto las más extraordinarias actitudes de hombre, especie de caricaturas de razón y distorsiones de realidad, cosas caras para novela y sin embargo brumadoras de verdad: el poeta mercachifle, el prosador celestina, el legislador-picapedrere, el orador sofista; el magistrado-buhonero, el político-empresario, el gobernante ladrón o peor, y todos famélicos, febriles, inexorables, corredores en la carrera de un estadio trágico e inverosímil, y así a la manera griega atletas de un gimnasio de tinieblas y de crimen. Es la erupción de todos los apetitos, y consecuentemente de todas las brutalidades."

Y luego, a la manera de los reformadores luteranos, que al destruir edifican, Franz Tamayo ensalza los prodigios de la voluntad, como palanca de todas las virtudes. Contra aquellos pecados indica la terapéutica de la voluntad, madre de la cultura:

'Es la voluntad del hombre la que prepara todo: el campo, el surco, la simiente; y es esa misma voluntad la que fomenta la divina germinación de las futuras formas que regeneran eternamente la vida.

En una palabra: hay que trabajar y hay que dar de sí mismo; y en esto consiste sobre todo lo que un poco vaga e impresivamente llamamos la cultura humana. En resúmen: hay que dar de sí mismos.'

Juan José de SOIZA REILLY.
(Uruguayo).

La Epopeya del Mar

Oh infinita epopeya
Del vasto mar genial!
Yo he visto los embates
De las salobres aguas
Y las apoteosis
Del piélago cantor!
Los matinales tumbos
En que se lava el día,
Las trombas espirales
Cual torre de esmeralda,
Las marejadas nómadas
Como palacios ebrios
Y el regio orgullo que hincha
La vasta pleamar!
Yo sé la faz de esfinge

De los verdes escollos
 Y el florecer de mármoles
 Que son los archipiélagos.
 Yo sé el nidal de nácares
 De las borrascas gélidas,
 El rencor tumultuoso
 De las resacas álgidas
 Y las corrientes sordas
 Como ríos traidores!
 Yo sé el falaz espejo
 bajo el bajel sonámbulo,
 Y en la noche letárgica
 Los imanes recónditos,
 Los fósforos fugaces
 Y los rumores mágicos
 Del pérfido cristal.
 Yo sé el canto del nauta
 Sobre las proras frágiles,
 El verde sortilegio
 Del agua en su pupila,
 Y el alma que tremola
 De ola en su barcarola!
 Oh vértigos y vórtices!
 Yo he vivido, he vivido
 El poema del mar!

Franz TAMAYO.

HOMO SAPIENS

Es triste amar, es triste conocer:
 Es triste el nexo bíblico que finge
 refugios de paraíso a la existencia:
 pues entre Dios y Lucifer
 pesan sobre el espíritu la esfinge
 y el árbol de la ciencia
 y la poma carnal de la mujer.
 Luego de comprender
 y de querer, todo es sombrío...
 El pensamiento augusto
 y el barro corporal, tras el placer
 han de sentir la basca del hastío
 perpetuamente, el íntimo disgusto
 de lo gustado con deleite ayer.

El poeta boliviano Gregorio Reynolds**VANAGLORIA**

—No cifres tu orgullo, hombre vano,
en tí mismo ni en los demás
que te loan.... El cortesano
que llevas detrás,
se ríe de tu egoísmo,
de tu sonora fatuidad:
sepulcro blanqueado, abismo
de necedad.

Tu nombre suena a hueco
cual tus ideas. Por el oro
te hicistes duro, seco,
decorativo y sin decoro

Ya sólo el olvido te espera,
y serán, como ahora son,
gusanera tu calavera,
gusanera tu corazón.

Ya que en el mundo es tu deleite
juzgar inmortal tu sendero,
pervivirás en el aceite
del caldero de Pero Botero.

Gregorio REYNOLDS.

LA TORMENTA

Acostumbrado a todo, en su humildad esclava,
como una bestia, en medio del inhóspito llano,
se quedó el pastorcillo con el hato, y en vano
intenta guarecerse de la lluvia, que agrava.....

...Y es tormenta que arrecia, atronadora y brava:
es un horror el trueno, que retumba cercano,
y parece que gime, doliente, el Altiplano
al rayo, que en su entraña, como un puñal, se clava.

Se apretuja el rebaño, aterido y absorto;
el pastor, asustado, reza, en un autoexhorto;
estrechando a su perro lanudo, que tiritita.

La caída de la tarde un relámpago advierte,
y perdido en la campa, sombría cual la muerte,
el zagal siente en su alma una angustia infinita...

LA NEVADA

Mármoles rotos, místicos azahares deshojados,
velos nupciales, símbolos de la inocencia pura,
el día se ha vestido con excelsa blancura,
y están blancos los montes, la pampa, los collados...

Los indios, como manchas grises, agazapados
husmean en la nieve la huella clara y dura
de la perdiz, que vaga sin rumbo, a la ventura,
con las alas inertes y los ojos cegados.

Arrugada y canosa, como una monja anciana, z z
se arrebuja en el éxtasis albo de la mañana,
de hinojos en el llano, la casa lugareña...

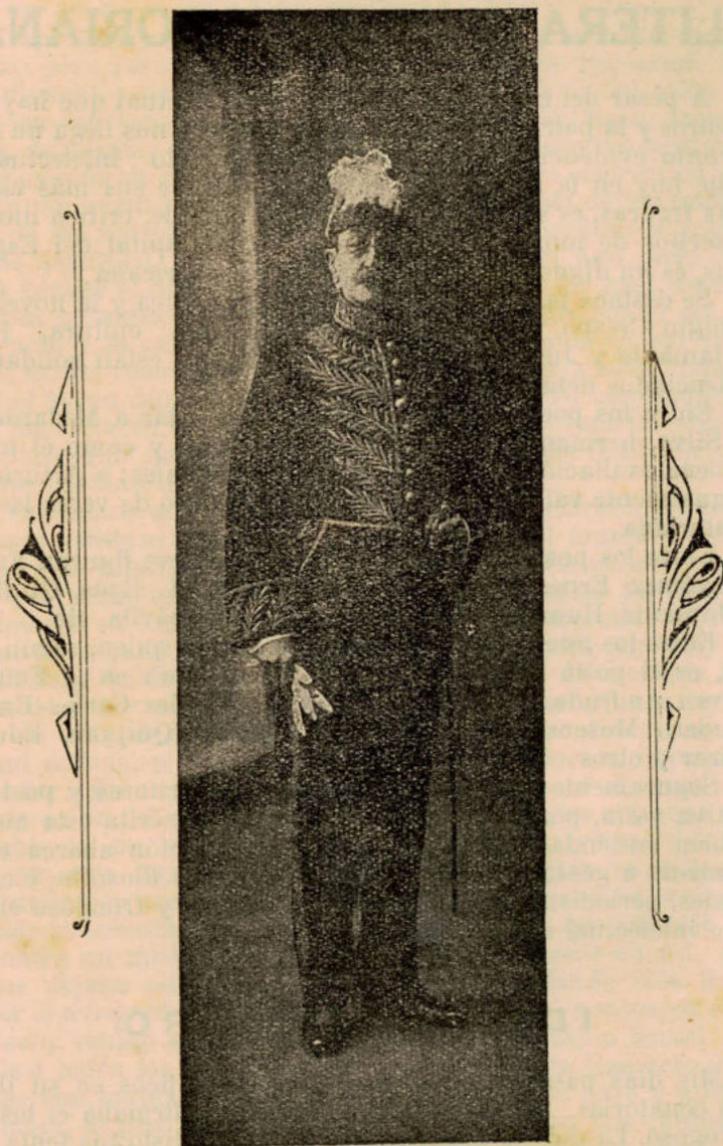
Caen, los copos, leves, como sedosas plumas,
y en conjunto, el paisaje, envuelto en tul de brumas,
es, todo blanco y puro, un silencio que sueña.

Víctor RUIZ.



Sr. Dr. Gonzalo S. Córdova

Presidente de la República del Ecuador



Sr. José de Lapiere
Ministro del Ecuador en el Perú

LITERATURA ECUATORIANA

A pesar del incipiente intercambio intelectual que hay entre nosotros y la patria de Montalvo y de Olmedo, nos llega un fuerte trasunto evidenciador del intenso movimiento intelectual que existe hoy en la República del Norte. Una de sus más esclarecidas figuras, es sin duda, Gonzalo Zaldumbide, crítico moderno y escritor de múltiples aristas, que en la Capital del Espíritu, París, es un digno exponente de su tierra americana.

Se destaca también en el campo de la crítica y la novela don Remigio Crespo Toral, hombre de vastísima cultura, Rafael Bustamante y Julio Moreno cuyos prestigios están sólidamente evidenciados dentro de su país.

Entre los poetas no podemos dejar de citar a Medardo Angel Silva, hermano espiritual de Valdelomar, y como él muerto en plena exaltación de sus potencias intelectuales; a Arturo Borja igualmente valioso y cuyo fin trágico enlutó de veras la lírica ecuatoriana.

Entre los poetas actualmente de más relieve figuran Falconí Villagómez, Ernesto Noboa Caamaño, José M. Egas, Guillermo Bustamante, Humberto Fierro, Luis Cordero Dávila, etc.

Entre los nuevos se destacan Hugo Mayo, quien, según creemos, es el poeta de mayor audacia renovadora en el Ecuador, Carrera Andrade, mozo de singulares aptitudes Carlos Endara, Escudero Moscoso, Rafael Cordero, Alonso Quijano, Eduardo Salazar y otros.

Seguramente se nos escapan algunos escritores y poetas de efectiva valía, por la premura con que está escrita esta nota; y también entiéndase que esta ligera enumeración abarca exclusivamente a gente de letras. En la historia, la filosofía, ciencias sociales, periodismo, etc., es amplio, fecundo y frondoso el progreso intelectual ecuatoriano.

IDIILIO BARBARO

Mis días pasaban, iguales, lentos, magníficos en su ilustre fasto ecuatorial. El aire sutil de las sierras afirmaba el brío del sol fogoso. La delicia continua de ese clima elisio me tenía hundido en un fluido y blando reposo, y como de bienestar en la hamaca. Era cual si me dejase horas enteras flotar en un remanso leteo, fuera del tiempo. La sedante caricia del viento, que pasaba lleno de aromas y de rumores silvestres, refrescaba mis pensares, adormecía mis recuerdos tanto tiempo desvelados. Una

dulce cobardía de convaleciente me impedía urgar en mi mal, para ver si de veras estaba cicatrizado.

Traje toda una biblioteca para engañar a mi único pensamiento: pero los libros me hostigaban antes de hojearlos. Prefería divagar y como vaciándome insensiblemente del alma antigua, en ese comienzo de tregua y suspensión, hasta tener la fuerza de asentar mi nueva vida sobre un tranquilo sentimiento de posesión de mi mismo. Vagos los ojos y el espíritu en suave estupor, seguí como incierto devaneo el vuelo de los gallinazos o de las nubes. En bandadas, los pájaros tristes, de irónico aspecto jesuítico, surcaban infatigables por el alto cielo, felices de hender el aire y de alzarse a la frescura del azul desde la soporosa pesantez de los valles bajos, aplastados por el sol. En el silencio y la calma de la hora tórrida, devanaban sin fin la espiral de un vuelo soberano, mientras los trabajadores sudaban sobre el surco duro, y los viajeros jadeaban. Yo compadeecía a todos los esclavos de una tarea. Dilatábaseme el espíritu aligerado, y parecíame que ese estrecho marco de lomas iba a ser para siempre bastante a contener mis desos.

Tras tantos años de andar errando entre extraña gente, yo que nací soledoso y fatigado, poco curioso del mundo externo, sentía ya la voluptuosidad de no tener que moverme más, de no tener que hacer amistades nuevas, de no conversar ya más tan inútilmente. Y sin pensar en nada, en una increíble y dulce alonía, me dejaba estar, olvidado en el espectáculo agreste.

El dolor que conmigo vino no era un dolor de esos que consuelan de haber perdido la felicidad. Mi mal esturbiaba la limpidez de esa soledad. Yo hubiera querido ver abrirse, en esa quietud dorada, el árbol de una tristeza frondosa a cuya sombra soñar. En muchas horas miserables procuré alzarme a la consideración del misterio humano para anonadar mi pena despreciable en un sentimiento más vasto del universal destino. Aquí, en este reposo meditativo, habría podido ennoblecerse mi resignación inspirándome una alta y desprendida melancolía; más la ansiedad que me desazonaba era tal, que sólo me volvía contra mí mismo: la causa estaba únicamente en mí. ¡Por eso me dejaba estar con el alma queda, cuidando sólo de no excitar el avispero de los recuerdos, que de suyo, a ratos, se exasperaban y venían a clavarme, de repente, su aguijón tenaz!

Casi todos los días, después de sestar en la hamaca, iba a charlar con mama Chana. Sentada en un sillón bajo y antiguo que había, al peso del hábito, desposado tan bien sus contornos, que repelía, con su incómoda fidelidad, a toda otra persona—pasaba el día en la despensa—, una pieza alta y muy clara, impregnada de olor de especias, dirigiendo los cotidianos menesteres de repostería, preparando ella misma sus golosinas, o haciendo modestas costuras. Yo solía sentarme en mi viejo cofre forrado, a oírle historias del tiempo de sus mocedades. La vie-

ja doncella había llenado su memoria, virgen de secretos propios, de cosas de otros. Nacida y criada en casa de mis abuelos, sabía de corrido todos los cuentos de la familia. Contábame de mis padres las abolidas intimidades caseras, haciéndolos revivir a mis ojos en la fácil o enojosa monotonía. Contábame también de otros antepasados, y a medida que repitiendo lo que sabía de oídas, se perdía en las lejanías del coloniaje; su ingenua y crédula ignorancia magnificaba el pasado. Su relato impreciso, algo fabuloso, conservaba a esos abuelos desconocidos su aspecto de irrealidad que era acaso su único prestigio. Yo le escuchaba esas confusas, inciertas genealogías tan sólo por sentir las raíces de mi ser más honda en el tiempo oscuro, nutridas de viejos jugos en el suelo patrio. De ese pasado subterráneo me venía así más fuerte apego al lugar natal, donde habían ya caído tantos de mi sustancia perecedera, donde me esperaban. No, no había brotado yo ahí al azar, por el capricho de un antepasado errante, en la aventura sin rumbo. Arraigaban en surco cavado, fecundado, mantenido, por generaciones fieles. Mi destino gravitaba en torno, en la atracción secular, no habían de aventarlo lejos mis vicisitudes.

La buena vieja gustaba de desempolvar sus historias; se remozaba al recuerdo de cosas de juventud.

Cuando quise que me contase la de mi madre, un pudor me relenía; parecíame profanar el silencio en que se envolvió su vida. Mas el filial recelo se convirtió en una especie de amistad comprensiva y férvida. Y pregunté, hasta dar con las lágrimas y el secreto. ¡Dulce madre, santa mujer, que extenuada de inteligencia y de melancolía, arrastraba con su paso pensativo y lánguido aquella red de fervores muertos!

Una tarde fui a dar mi paseo por el alfalfar. Allí vivían los más viejos árboles del fundo, y yo gustaba de ver sangrar el sol en poniente al través de sus viejas ramas sensibles. Su follaje algo desmayado tamizaba la luz con una melancolía antigua, y la penumbra de la avenida se aclaraba como la de una nave a través de sus vidrieras.

Por allí había una vertiente. Era una gruta sombría, de encanto crepuscular a toda hora, llena de verde misterio y de reflejos temblorosos. La roca, socavada por el gotear milenario del agua que dimanaba de sus entrañas, formaba una hoya poco profunda, sobre la cual se enarcaba el peñón, negro y riellante. De la ceja de piedra colgaban musgos y péndulos helechos. A la entrada, las raíces en el agua cristalina, velaba un sauce anciano. Ganado por advenidizo *matapalo*, parásito tenaz que le chupaba la médula vistiéndole irrisoriamente los ateridos miembros con la pompa falsa y prestada de sus frondas, se alzaba ascético y doliente.

Me encontré allí con la *servicia*, la indiecita de quince abri-les repletos, recién venida, en turno a iniciarse en el servicio de la casa del amo. Asentando los pies desnudos en las piedras a flor de agua había avanzado al interior de la gruta a poner su vasija de barro bajo el chorrillo principal de la vertiente. Cuando me acerqué, esperaba todavía que el cántaro se llenase. Recogido el anaco y apretado contra las rodillas para evitar las salpicaduras, ceñía la redondez de sus muslos, duros, plenos y lisos como troncos de guayabo. Se oía el glugluteo del agua en la hoquedad del recipiente como una risa sofocada.

—¿Qué haces, Maricucha, a esta hora?

De ordinario, las *servicias* iban por agua para la tinaja en la mañana; pero, novicia aun, la longuita lo había olvidado.

—Llivando agua para mesa, niñu—dijo, como si la hubiera reprendido, coloreando.

Salió, evitando pasar bajo las estalactitas, en cuya punta cuajaba gota a gota el resumo de la peña, y se irizaba antes de caer. La esperé sentándome en una piedra, a la vera del húmedo sendero.

—Oh, Rebeca de mi tierra, le dije riendo, dame de beber, que tengo sed.

La inocente canéfora no entendió; se prestaba mal a la bilingüística reminiscencia. Como yo insistiera, me tendió el rústico jarro a fin de que bebiese tomándolo con mis manos. Pedile que lo empinase ella misma, como en caridad a un fatigado peregrino. Cohibíala la extrañeza de la escena, y temblaba su hurañería bajo su obediencia. Respondiendo a mi empeño con sonrisa constreñida, su gracia sumisa, primitiva, inhábil, dió a mi sed ficticia el agua de la fuente buena.

Bebí algunos sorbos, y un hilillo se escurrió mojándome la barba. Busqué en mis bolsillos un pañuelo que no hallé; y esta vez sí, casi riendo conmigo, ofrecióme la extremidad del lienzo immaculado que llevaba a la espalda, anudado en la garganta. Cerca de ella sentí el olor de su piel tostada, su olor agreste, salvaje, esencial. Se enturbió mi risa. . . . La tarde. La soledad. Y era un murmullo marullero el de las frondas. El alfalfar ondeó a modo de un teclado recorrido, preludió el viento de súbito. De escuchar aquel silencio que me pareció lúcido, atento y como suspenso, pronto oyera la flauta del Pan indígena.

Mariucha iba a retirarse instintivamente cuando la tomé del brazo para besarla. Se esquivó con presteza de salvaje, y antes que yo la aprehendiese, huyó, furtiva, flexible, sin derramar una gota del cántaro. Atalanta no huyó más ligera. Inmemore de su origen, ¿no era aquella instintiva criatura la primogénita de esa tierra casi todavía? Había brotado, vivía, moriría, fuera del tiempo, fuera de la historia, bárbara e incólume. Seguir la hubiera querido, poner mis manos en su cabellera selvática, plegarla como una rama cargada de frescos frutos. Huyó impe-

lida por el movimiento hereditario, por el recuerdo inconsciente del amo violador y brutal, por el oscuro resto de rebeldía, transmitido de generación en generación como un depósito secreto, por un pudor del alma domada. El español de los primeros cien años de la conquista no conoció otra mujer que la india venciada a la orilla del bosque, en el recodo del camino, en la zanja del sembrado, ni tuvo otra manceba que la esclava. El hacendado de la colonia propagó en los campos el mestizaje, plegando asimismo a la india con el miedo. La religión impuesta añadió por fin a las barreras naturales de raza, de mente, de destino, el terror del pecado incomprensible. Todo ahondó entre la india y el blanco la desconfianza de los sexos, el abismo de alma a alma.

Cuántas veces la ví vivir, mirándola sin comprenderla, su vida aparte, junto a la nuestra. Mientras mama Chana y yo charlabamos en la despensa, la longuita se ocupaba en los humildes quehaceres manuales. Comprendía la lengua española tan sólo en lo que concernía al uso diario y doméstico. Ni en su lengua habría tal vez entendido de las cosas en que divagábamos. Era como si no oyese, con su aire abstraído. Ni me miraba de verguenza, si de vez en cuando le preguntaba alguna cosa. A menudo, mientras Chana chocheaba, yo observaba el misterio de esa criatura arisca de alma y sumisa de actos, que vivía entre nosotros, asidua e impenetrable como un animalito familiar. A veces la interrogaba acerca de sus gustos y sus costumbres.—¿Te gusta la villa?—No sabía en qué sentido.—Te gusta salir a la villa?—No, niñú, bulla de gente.—¿Te gusta pastar las ovejas?—Sí, niñú. Pero nunca la conversación iba lejos; parábase a cada paso en sus monosílabos; todo se resolvía para ella e una u otra de las palabras esenciales, sí o no, suavizadas por aquel *niñu* a que las juntaba con el respeto hereditario.

¿Qué quería? Volver a su choza, allá arriba, en un cuello áspero de la sierra. La abundancia y molicie de la hacienda no la cautivaban. Eran la casa ajena, la casa del amo; tenía que servir aplicando su simplicidad de hábitos y de espíritu a las complicadas exigencias del blanco. Su vida se hace con tan poco, su mundo tan sencillo, que los aparejos de nuestra civilización todavía patriacal le parecían excesivos, sin duda.

Tal vez un longo la requería ya, para el *amaño*. Era todavía muy jovenzuela y de natural muy blando, para sentir ya en su pecho el rencor al amo, acendrado en tres siglos de obediencia. Pero, a pesar de la convivencia y el buen trato, su alma era ya hermética para los de la raza enemiga.

A Mariucha, hasta Chana la mimaba con esa brusquedad afectuosa y cordial. Dejaba los servicios más bastos para las demás, y la tenía casi siempre en el repostero, enseñándole a aderezar postres y primores. Molía la canela, clarificaba el almíbar,

maceraba las hojas, lustraba la vajilla para los platos de más regalo. Yo la veía hacer, entretenido, estorbando a veces con mi presencia ociosa la faena. Así iba acostumbrándose a mi la huraña, y se dejaba mirar, a ratos alvidaba de sus recelos de sierva esquiva. Y yo sentía fluir hacia ella más dulce mi simpatía por su raza. Nada sabía de su corazoncillo, de sus aspiraciones, de sus instintos de criatura primitiva, plegados a la vida del blanco. Ella misma discernía mal sin duda, en su alma de salvaje domesticada. ¿Sentía, acaso, subir a mí, desde sus adentros, un cariño oscuro como un agüero, secreto como una traición a los de su sangre?

El día siguiente, al encuentro e nla vertiente, fui a verla en la despensa. Chana no estaba. Mariucha, de rodillas en el suelo, molía maíz morocho. El torso inclinado hacia adelante, se arqueaba sostenido por las dos manos regordetas puestas sobre la piedra moledora. Todo el busto seguía el vaivén de los brazos sobre el mortero, una piedra baja, ancha y lisa, de toscos bordes. Los perlados granos pasaban y repasaban requiebrándose bajo la piedra oblonga que iba y venía sobre los añicos hasta pulverizarlos. El impulso imprimía cada vez a sus pechos duros, frescos y lozanos como frutos, una sacudida que hacía titilar, debajo de la camisa descotada (que henchida por su peso los cubría apenas con una ingenua franja bordada de azul y rojo), su botón primaveral. Adheridos con firmeza al seno púber, abroquelabándolo con su temprana plenitud, promesa de fecundidad, fuente del vigor de la fuerte raza. Aventadas por el balanceo, las tres gualcas de mullos desiguales que colgaban de su cuello, golpeaban sobre la piel desnuda.

Sus pantorrillas, que aparecen desnudas desde la corva cuando está en pie, las ocultaba ahora el anaco, tendido hacia atrás sobre los talones levantados, la punta de los dedos contra el suelo.

Por debajo del pañizuelo de blanco lienzo echado sobre los hombros y la espalda, asomaba la extremidad de la trenza envuelta desde la nuca por una faja tan ceñida que la tornaba tiesa: el haz de pelo negro y lacio, torcido y apretado como un cable, yacía rígido en su vaina de cinta arrollada a manera de vendaje de momia. Sólo un corto mechón quedaba libre, aumentando la semejanza de *guango* así entesado con la cola de un toro.

Tentado por la extraña rigidez de tal peinado y aderezo, me acerqué a tocar la apretura del singular envoltorio, más la larga esquivó la cabeza con un movimiento de asustada seriedad. Recordé entonces la abusión de los indígenas, entre quienes sólo al marido es dado poner la mano sobre la cabellera de la mujer, porque es signo de dominación, y porque no hay injuria como la de cortársela.

—¿Por qué huiste ayer, Mariucha?—le dije riendo.

Ruborizóse y no me contestó. Mas su silencio no parecía de rencor.

Su rostro, dulce y basto, sólo tenía de fino las cejas, el mento y el arranque del cuello bronceado. Los ojos almendrados revelaban, remotamente, el prehistórico origen de la raza. Entre los párpados sin resalto, de corte exiguo, las pupilas aterciopeladas, nunca movidas por ninguna inquietud espiritual, guardaban su luz en reposo, con mansedumbre ovejuna.

Como toda conversación con ella era difícil o inútil cuando no imposible, me quedo callado, sonriendo, viéndola.

Entre mí pensaba: amar a esta criatura con un amor parecido a ella, elemental, primitivo, inconciente, ser amado por ella a su modo, ¿cómo me reposaría, cómo me despojaría del alma antigua, en qué dulce animal oscuramente me sumiría!

Pero pocas veces vi como entonces lo impenetrable de esotra alma, las lejanías de su silencio, lo extraño de su secreto familiar y cotidiano. Desesperé de comprenderla, y más que nunca sentí la imposibilidad de que ella llegase a salir de su penumbra interior para venir a mí. Diferencia de razas, agravada por la dominación secular que todavía nos mantenía en la relación de amo a esclava, costumbres del país, en donde ni la convivencia deméstica del señor y el siervo, ni la igualdad ante la ley escrita, han establecido aun ninguna paridad; desigualdades de nacimiento, de educación, de residencia, que confieren al blanco el libro, la pluma o la espada, y atan al indio a la esteva; fatalidades históricas ya inamovibles del fondo, mientras el diario contacto ha mecanizado el hábito exterior, utilitario de la servidumbre.

Vi, digo, más inalcanzable toda intimidad espiritual que nos igualase en el amor.

Y sin embargo, algo en ella me atría. Hubiera querido hallar el camino a su corazón, el lenguaje natural, ya olvidado, para hablarle de cosas simples y aclarar con la luz de una mutua simpatía su virgen pensamiento, sondear en ella hasta dar con el fondo humano, con la oscura fraternidad esencial. ¿Cómo entrar en su alma hermética?

Ella estaba ahí, sumisa en todos sus actos a mi mandar. Pero el santuario interior, que ella misma ignoraba en ella, reservado estaba para otro, para un igual, de su sangre, por fuerzas antiguas, guardianas de instintos irreductibles. Secreto rencor de raza vencida, de semejanza fundamental que ningún descastamiento, ningún olvidado, era bastante a abolir, herencia preservada, informulas voces que ahogó un silencio de cautela y asechanza, sonrisa constreñida, modelada en siglos, fatalidad.....

Pero, a pesar de las distancias y las diferencias, ella estaba ahí con su sexo suave, con el dulce calor de su seno, con su

ternura animal, capaz de borrar en el abrazo breve, las diferencias y las distancias.

Y cargando mis manos de toda esa ternura humana que de repente sentimos afluir de no se sabe dónde, de esa bondad un poco triste y lasa de quien ha esperado mucho y luego se abandona casi vergonzante al placer pobre y herido que le ofrecen una sonrisa, una simpatía, un halago cualquiera, fácil y sin mañana, hallando en su opaco encanto la dulzura de un vulgar consuelo a su renunciación, levanté sin brusquedad el rostro de la india humilde, cogiéndole por el mentón con una mano, acariciándole con la otra la mejilla en flote.

... Su raza bronca y sumaria conoce la ciega lujuria, conoce tal vez el amor y sus insidias y sus urgencias. Pero ignora las caricias, adorno inútil, rodeo supérfluo, elegancia. El hombre se llega a la hembra, con su deseo taimado o descubierto, tortuoso o súbito; la hembra pronta y sumisa cede; y el amor pasa. Desatado el abrazo avasallador, ignorándose después como antes.

Ella sintió, sin duda, el magnetismo de mis pases, la tensión plena y tranquila de mi ser junto al suyo. Entrecerró los ojos, dejóse palmear como inhibida por una inercia, cálida, densa, oscura, a modo de un sueño. Pero tras el breve eclipse, reapareció en ella el sentimiento de su servidumbre, y no vió en mí sino al amo que quería abusar de ella.

Sacudió el fugaz aletargamiento, despejó el vaho de voluptuosidad que le empañó la conciencia, esfumó las distancias, abolió por un instante las diferencias. Y Mariucha volvió a su hurafío instinto de defensa.

No insistí, por no echar a perder el leve influjo, persuasivo y silencioso, de una mano que acaricia sin premura. Y salí al jardín.

A la noche, conversando con el mayordomo, bromeamos acerca de lo ariscas que eran las longas y lo difíciles de seducir.

—Se hacen no más, patroncito.

Y sentenció luego, experimentado. Concedor.

—Hay que forzarlas, niño. De buenas, no se dejan nunca. Por darles gusto, hay que hacer la farsa de violentarlas.

Fué un domingo de sol.

Era la hora desierta sobre los campos. Saltando de piedra en piedra, sin pensamiento, como un salvaje, fui por el cauce mismo de la quebrada, hacia el estanque, cuyo muro de represa se levantaba entre las peñas abruptas de las dos orillas. La atención de escoger las piedras donde asentar el pie sin mojarlo, me absorbía el espíritu reposándolo. Cuando quise descansar, busqué una enramada a cuya sombra sentarme. Entonces,

a cierta distancia, en un recodo por donde pasaba, bajo follajes profusos, la acequia en que se vertía el agua del estanque, vi un torso de mujer, una cabellera de azabache destrenzada sobre una espalda de piel cobriza. Observé inmóvil un rato. Era la longa servicia que tomaba su baño, al aire libre. Estaba casi desnuda, al amparo del tupido matorral que la resguardaba mejor del lado del sendero solitario. Cauteloso, el corazón ya latíendome, me acerqué a mirar. De pie en medio del raudal, cogía el agua en un mate grande y, enderezándose, lo volcaba sobre su cabeza. Al inclinarse a llenar la rústica aljofaina, la escotada camisa de lienzo que le servía de traje de baño, dejaba resbalar una hombrera, y aparecían los pechos plenos, estallando de lozanía, de inocente voluptuosidad. El agua rebotaba en pequeñas cascadas de la cabeza a los hombros, por la espalda y los muslos fuertes; y en la piel lisa rielaba el sol. Había acabado de enjuagarse, y apretando en un haz el cabello, lo escurrió, echándolo de nuevo atrás. La camisa mojada adhería al cuerpo: antes de hacerla, con ambas manos, deslizar hacia los pies, se echó sobre los hombros la pañoleta de blanco lienzo que iba a servirle de toalla y salió a secarse en el césped de la orilla. Estaba ahí, desnuda, inocente, feliz como un animal.

El baño en la onda clara, la color de esas breñas, la desnudez de la virgen bronceína, componían una visión fresca y simple que habría dado a un pintor la imagen de nemorosa soledad sorprendida por el atisbo del eterno fauno. Demasiado ignorante de sus encantos era esa Eva rústica para que sintiera a solas el voluptuoso halago. Prendió en mi sangre la llama, y salvaje, rápido, inflamado, fui hacia ella. Volvió, azorada, la vista, y al reconocermé, se internó en un rincón, donde las ramas se entreveraban más protectoras. Se ocultaba acaso más por respeto que por pudor. Avancé resueltamente, dando una voz de taimada jovialidad.

—Hola, Mariucha. ¿Por qué te escondes?

Se veía su cuerpo bajo la enramada, taraceado de sol y sombra. Tenía cozido el lienzo sobre sus pechos y entre las piernas. Sus dedos cuajados de sortijas bárbaras se agitaban por asegurar el paño. Así desnuda y enalhajada, parecía un ídolo indígena. ¡Era la virgen América!

Me dirigí a su refugio. Miróme asustada entre sus pestañas tenebrosas, con la cabeza agachada, todo el cuerpo encogido ya en defensa. Y no hubo en mí otro hombre que el primitivo, el del raptó y la acre violencia, el del alegre y feroz botín.

Riendo, riendo ardientemente, me llegué a ella que sintiendo el poder del hombre, retrocedía. La lucha fué breve y ficticia.

Cuando me alejé, persistía en mis labios el temblor del beso rápido como un mordisco, y en el alma, una emoción antiquísima. Fué cual si en mí se hubiese despertado el español ances-

tral, al choque de aquella escena idéntica sin duda a los encuentros del guerrero blanco con la hembra de la raza mal subyugada, al margen de la selva ignota, en el ardor de la conquista heroica.

Gonzalo ZALDUMBIDE.



El ilustre escritor ecuatoriano GONZALO ZALDUMBIDE

POEMAS

HIMNOS

I

—Canta, rubio adlescente, las gracias de la Muy Bella, Muy Buena y Muy Querida, por quien la vida abre a tus ojos tristes sendas rosas.

—Yo cantaré sus maléficas gracias y diré el perverso encanto de su ser impuro, por quien la vida abre a mis ojos tristes sendas tenebrosas.

—Son sus pupilas turbadoras luminosas violetas, húmedas por el llanto del Alba.

—Son sus pupilas turbadoras abismos en que naufraga mi corazón; calabozos de luz para mi alma.

—Sus brazos son dos tallos esbeltos de lirios y no hay prisión más dulce que esa cadena de rosas blancas en torno a nuestro cuello.

—Son sus brazos los brazos de Dalila: serpientes nacaradas que ahogan nuestra voluntad.

—Sus manos leves son las más puras rosas cincopétalas de un jardín astral.

—Sus manos son pinzas que arrancan mi corazón.

—Sus cabellos son un bosque sombrío, cargado de aromas bajo la luna.

—Sus cabellos un puñado de negras víboras y dan un relente de lujuria salvaje.

—Son sus núbiles senos dos castas palomas de las campiñas de Sulem.

—Son sus núbiles senos ánforas de alabastro en que vertió sus filtros la Locura.

—Su voz melódica hace pensar en las celestes músicas de los Tronos, las Virtudes y las Dominaciones

—Su voz melódica es el canto de la Sirena del Pecado Mortal.

—Su boca divina es rojo cáliz en que encerró el Destino el bebedizo que dá la Suprema Felicidad.

—Su boca es uva embriagadora de los viñedos en que vendimian Satanás y la Muerte!

Medardo Angel SILVA.

LIRICA

LAS CATEDRALES

Oh lumínicos vasos de piedra: catedrales!
de tembladoras torres que horadan el espacio
con sus garras de acero. Las campanas pascuales

son las gargantas hímnicas. Los ojos de topacio de las górgolas tiemblan. Y sobre las aristas la luz cae como una lluvia. Y en los vitrales hay rocío. Se elevan cálices de amatistas como alondras al cielo. Pájaros musicales sobre los campanarios revoletean. Pasa la vida como un río sagrado que delira y el corazón como una imperceptible gasa de incienso que se esfuma en una larga espira hasta llegar a Dios, mientras desde la espalda de Jesucristo, mana la sangre como un vino, parece que tuviera dos brazos la Giralda para coger estrellas en un temblor divino!

Gonzalo ESCUDERO.

BIBLICA

Tenía tu exangüe y fino rostro de nazarena,
el inefable hechizo de una visión lejana,
tenías los rizos blondos de María Magdalena
y la voz armoniosa de la Samaritana.

Eran tus senos núbiles dos rocas de Ecbatana,
flufa de tí un aroma de nardo y de verbena
e incendiaba amapolas el sol de la mañana
en el trugal maduro de tu carne morena.

Yo fui hacia tí sediento de fe, de amor, de calma;
con óleo de tus besos mis heridas ungeste
y refresqué mis labios en el Jordán de tu alma;

brillaron en mi noche tus grandes ojos vagos
y fué esa luz de ensueño para mi vida triste
lo que la blanca estrella para los reyes magos.

Ernesto Noboa CAAMAÑO.

HAZ DE TU VIDA UN CUENTO

Haz de tu vida un cuento sugestivo y pequeño...
todos somos artífices de nuestra propia vida.
Que le despierte el rubio príncipe del Ensueño
a la bella durmiente de tu alma adolorida...

Haz de tu vida un cuento... Pero cuida que el tema
que elijas sea corto, intenso, alucinante...
Hombre: engasta tu alma como una rica gema
en el oro bruñido de un ensueño brillante...

Haz de tu vida un cuento sugestivo y pequeño,
en el que cristalices toda tu mala suerte...
Derrocha todo el oro cordial de que seas dueño...
Dí tu amor y tus penas, y procura ser fuerte...
Haz de tu vida un cuento sugestivo y pequeño,
y cuéntale una tarde, en secreto, a la Muerte...!

Raphael ROMERO Y CORDERO.

Cuenca, Ecuador.

SOLO YO

¡Qué esplendor de mañana...! En el otero
se escarna la belleza de los trigales;
§ el río, que se siente prisionero,
golpea contra el muro sus cristales.

Muestran las rosas sus corolas blancas;
abre el chirote su rítmico tesoro;
la retama, subida en las barrancas,
aroma el viento con sus flores de oro.

Sólo yo vivo extraño a esa alegría...!
Bañado en una cruel melancolía,
soy una noche sin ninguna estrella....!

Y en tanto que el Sol quema como un horno,
me quema el corazón, flotando en torno,
todo el recuerdo de los ojos de Ella.....!

Eliseo Fedz. de CORDOBA.

EL JARDIN DE NOVIEMBRE

Si hubiere en la galería todos los asientos
no tendrían las madres
collares hechos de lágrimas.

La huerta que no conoció su pasado,
ha florecido campanas azules.

Desde el otoño
alguien miraba los montones de hojas
—decorado del cielo de ayer—

para sonreír.

Pero,

bastó que partiera la señorita de las máscaras
para que en la huerta
murieran las campanas azules.

Hugo MAYO.

INICIAL

Es la misma manzana rota en el Paraíso
y arrancada del viejo árbol del Bien y el Mal...
Han rodado los siglos... ¡No importa el daño que hizo
si son verdes los ojos de la sierpe fatal!

Eva es un sueño antiguo... y en su mirada eterna
habrá siempre una nueva llama que ha de alumbrar...
Su ilusión es lejana como agua de cisterna
por eso es infinita la loca sed de amar.

Frívola o enigmática y simple o complicada
—siempre su misma imagen en distinta mirada...
hacia ella irán la nueva y la vieja canción

aunque después sepamos una tristeza nueva:
que si en nuestros poemas latió el corazón de Eva
el único que hablaba fue nuestro corazón!

..Augusto ARIAS R.

ELEGIA FINAL

Ya cumpliste el deseo de transformarte en humo
en sabia de la rosa y en trino del gorrión...
De los frutos celestes el invisible zumo...
gozará eternidad sobre tu corazón...

Está enfermo el jardín. Flordelina, la hermana,
ha cerrado la verde cancela pastoral;
se van las golondrinas a la tierra lejana
hacia donde alzó el vuelo tu vida fraternal.

En la casa hay un lloro callado de las cosas
que tocaron tus manos; y Bebé, el perro fiel,
al sentir a la Muerte pasar sobre tus rosas
vuelve hoscas, muy hoscas, sus pupilas de miel.

Tu espíritu aún vive en los sauces silvanos
o en los astros que envían, desde hoy, luz mejor...
¡y a veces en la triste noche de los hermanos
por tí rueda una lágrima pura como una flor!

Jorge CARRERA ANDRADE.



Sr. Augusto B. Leguía
Presidente del Perú.



Dr. Alberto Salomón
Canciller Peruano.

LITERATURA PERUANA

No queremos detenernos en consideraciones críticas respecto de la evolución y el desarrollo de nuestra literatura, tarea difícil que demanda tiempo y serenidad de espíritu. Solo si queremos apuntar, que la nuestra, si no es tan brillante como la Uruguaya y la Mexicana, es una de las que van a la vanguardia de hispano-américa. Nombres como Ricardo Palma, el insigne tradicionista de ancha celebridad, González Prada, el gran poeta y escritor de espíritu helénico, entre los nuestros, basta para enorgullecernos.

Luego, las figuras respetables de José Santos Chocano, que vivo Darío, compartió con él el cetro de la poesía americana y es hoy uno de los más grandes poetas en idioma español; Francisco García Calderón, ensayistas y pensador de agudo talento, que a la muerte de Rodó se dijo, recibía la alta responsabilidad de ser el mentor espiritual del Continente; Ventura el finísimo cronista, poeta, crítico de entrañada médula de artista y uno de los más significados representantes de la cultura de América en Europa. Y con ellos, el poeta José María Eguren, cuya producción inquietante va cada vez camino de gloria; Clemente Palma, cuentista, crítico y periodista de acusados perfiles; Valdelomar, prematuramente malogrado, que en su corta y relampagueante carrera literaria dió tan excelente muestra de su temperamento y de su amor a las cosas del Perú. No podemos igualmente dejar de nombrar a José Lora y Lora, muerto en París, a Yerovi, el poeta festivo más verdadero que hemos tenido; Federico More, fuerte prosador y enérgica mentalidad fustigante; José Gálvez, poeta laureado, cultísimo espíritu, lleno de simpatía y de noble sinceridad; Alberto Areta, crepuscular y fino oficiante del verso; Varela y Orbegoso, Manuel Bedoya, Felipe Sasone, Luis Fernán Cisneros, Enrique López Albújar, uno de los mejores cuentistas y literato peruano, Juan Manuel Polar, Manuel Beingolea, etc.

Y entre la generación posterior están: Percy Gibson, Alberto Hidalgo, Atahualpa Rodríguez, Velasco Aragón, Félix del Valle, Angélica Palma y otro que se me escapa. Por último, los nuevos, los que marcan un nuevo rumbo a la literatura patria, los henchidos de esperanza y entre los cuales hay más de un muchacho genial. Sobre ellos no queremos decir nada. Son el porvenir de futura cosecha heroica y luminosa.

José Santos Chocano



Cantor de América y Glorificador de Bolívar

Hermoso fragmento de "La Epopeya del Libertador"

XIV

—¡Oíd Oíd!—dice otra cumbre—
cómo parece que contestan
al juramento los relinchos jubilosos
hasta de ochenta
potros, que traen de las Pampas argentinas el silbido
del huracán preso en sus crines enmarañadas y coléricas...

—¡Mirad! ¡Mirad!—clama otra cumbre—
cómo detrás del hombre rubio se repliega
el escuadrón de los Llaneros Tropicales,
que hacen pensar en los Cosacos de la Estepa:
ya con el filo de su sable urden relámpagos,
ya con la punta de su lanza abren estrellas.....

—¿Y esos Húsares nuevos?—se oye voz que pregunta.
—¡En Junín han nacido!—se oye voz que contesta—
—“Húsares de Junín” les dió por nombre
el HOMBRE-SOL..... Y sus trescientas
figuras son las de los héroes espartanos,
que con Leónidas renacen a desquitarse en la contienda.
Y sus caballos tascan frenos, bullen, piafan
y se encabritan retemblando de impaciencia;
porque al sentirse entre los potros argentinos
y colombianos—unos y otros hartos de glorias en la guerra—
sienten hervir la sangre, indómita
con que lucieron en Junín sus ancas, hechas
a recoger a la Victoria fugitiva
en la mitad del frenesí de una carrera.....

José Santos CHOCANO.

Un personaje raro.-El Mariscal de los Soldados de plomo.

De allí, de Pisa la Muerta, me escribe Valéry Larbaud, el mejor discípulo actual de Enrique Beyle. Analicemos, hoy que ha publicado un lindo libro, su calidad de literato europeo.

El hombre que pasó los mejores años de su vida en ferrocarril, es casi siempre un ser interesante. Si es francés y literato, el caso puede escandalizarnos. El escritor fué antaño en Francia un burócrata sedentario y nocturno que se podía sacar de la frente, como los prestidigitadores hábiles, todas las palomas del cielo y los conejos de la tierra, inexplicablemente, sin haberlos cazado nunca. El día en que Stendhal descubrió los sorbetes de Milán, el día en que su amigo Merimée se dió cuenta de que las caderas de las españolas eran perfectas, ocurrió una crisis singular en la literatura francesa: el mundo no terminaba en los arrabales de París, el escritor empezaba a "devenir" un hombre europeo como Goethe. Francia, la maestra universal, había descuidado su misión antigua que es servir de Baedeker para visitar las más altas cumbres del continente.

Europa, como lo ha observado Paul Valéry en un reciente y deslumbrador artículo, representa en el planeta Tierra, la mayor cantidad de ambición, de potencia y de ensueño, pero de ensueño activísimo. Este mínimo girón del universo parece un simple apéndice del Asia, tuvo el privilegio de llevar a cabo los más puros milagros del espíritu, desde la esbelta geometría de Atenas hasta la calada fronda de las catedrales. Los altísimos anhelos de la humanidad: vencer la muerte, buscar la perpetua juventud, transmutar los metales, visitar los astros, vencer las distancias, el aire y el mar,—lo que se llama civilización, progreso, arte, cultura—, todo lo ha tentado con un ansia operante y magnífica. Mientras el Asia continúa siendo el continente apático de los sopores meditabundos junto a las plantas noctíferas y los ríos llenos de lotos, Europa inventa y fabrica. No me recordéis la indolencia de Hamlet o de Segismundo que pudieran ser gente asiática. Los héroes de la energía europea están simbolizados en el Quijote, en el Fausto, en cualquier frenético personaje de Dostoyewsky.....

Francia se olvidaba de Europa; pero la gran guerra que ha embrocado a los pueblos, les ha servido, por lo menos, para enriquecer su curiosidad. Como después de las campañas napoleónicas asistimos al advenimiento de una "generación europea". Ningún escritor la representa aquí mejor que Valéry Larbaud.

Tengo cartas de Larbaud firmadas en un castillo de Escocia, en Marina de Pisa, en Alicante. Inglaterra, Italia y España son sus residencias predilectas, pero creo que a todos los honorarios literarios, preferiría la calidad de "ciudadano alicantino". Ya escribe en español sus crónicas de "La Nación", de Buenos Aires; en su primer libro notorio "Fermina Marquez", analizaba un alma hispano-americana; y ayer,

no más en una exquisita carta que publica la "Revue de l'Amérique Latine", me confesaba que ha hurtado versos a un poeta peruano, aquel extraño Della Roca de Vergallo que, de mi tierra de "montoneros", vino a Francia a levantar el simbolismo y a revolucionar la métrica. Larbaud no me ha contado si su afición españolista comenzó como la de Merimée, por el prestigio de unas caderas, imagino, sin embargo, que la gracia de las mujeres no fué ajena a su determinación de escribir en español. Se comienza siempre por las cortas de amor.

Singular catadura la de este admirable peregrino de las letras! Figuraos un hombre rechoncho, de enorme frente y ojos desorbitados que os mira de reojo envuelto en chales morenos, como si tiritara en París, porque solo tolera el clima de Sevilla. Bajo el brazo lleva un libro antiguo, la más reciente obra de Ramón Gómez de la Serna o una caja de cartón cuidadosamente envuelta en papel rosado. Este paquete misterioso me inquietó durante una noche entera. Desde el restaurant "bulevardero" en que cenamos hasta "el Canario" o "el Oso blanco", dos "dancings" elegantes a donde quiso arrastrarme para admirar el meneo de una española, no dejaba de manos su caja rosa. ¿Qué podía llevar allí? ¿Los guantes de la Muy Amada, el brazo de un hijo muerto, una reliquia de Semana Santa o la pistola de Fabricio del Dongo para batirse mañana por la mañana en defensa de alguna linda ciudadana de Parma. A las doce de la noche mi curiosidad fué intolerable, pero el champaña había suprimido mi discreción mundana.

Entonces para darme gusto, Valéry Larbaud, con infinitas precauciones, como si fuera a escaparse la mariposa o temiera romper la hostia entreabrió la caja y sacó a luz, de los algodones que lo cubrían, un soberbio escuadrón de soldaditos de plomo.... En caballos caracoleantes de libertador o condotiero, pasaron bizarros jinetes con entorchados napoleónicos y tricornos de escarapela tricolor..... La orquesta del dancing atacó un fox trot semejante a un paso de vencedores mientras Valéry Larbaud colocaba su regimiento en orden de batalla.

—Mire usted—me dijo— Fué así como la caballería intervino en Austerlitz.

Iba yo a sonreír; el exquisito humorista se quedó perfectamente serio. Con portentosa erudición, me describió los uniformes del mundo entero. "¿Sabe usted si los soldados de América usaban el quepis hacia 1870?"—acabó por preguntarme. Yo me quedé un poco avergonzado. Yo solo ví en mi infancia "montoneros" del Perú que no usaban zapatos pero sabían el arte de bien matar; yo solo recuerdo de los textos del colegio un frac de Bolívar que se llevaba con un famoso cinturón ^{cuajados} iniciales "S. B." aparecían bordadas entre rayos y laureles de oro.... Valéry Larbaud me asombró entonces llevándome a su casa para mostrarme su admirable colección de soldados de plomo. Un artista y un fabricante de París reproducen para él, copiándolos de viejos libros, los uniformes de los ejércitos del mundo entero. Guyau decía que los hombres deben conservar en el espíritu un rincón de niñez. Quizás en ello estriba la fresca vena espiritual que es el encanto de los libros de Valéry Larbaud.

Ha conservado una gracia matinal (describió como pocos las almas en capullo), una curiosidad de niño triste que, después de romper los primeros juguetes de la vida, se reposa y medita como la Melancolía de Dürero. No os inquietéis por él. Ya se consolará ganando batallas tremebundas a la cabeza de sus soldados diminutos; y, por los caminos del mundo, siguiendo las huellas de Stendhal y de Napoleón, le veréis pasar con su castaño fular de vagabundo. Ha recorrido más ferias que un mendigo de España. ¿Inquietud? Seguramente sí, porque leyó, como lo los hombres de su generación, "Los alimentos terrestres" de André Gide y su "Retorno del Hijo Pródigo". No confundamos, sin embargo, el desasosiego de los románticos que están "escalando algún cielo" o desbarrancándose por alguna peña ilustre, con el perpétuo divagar del viajero. Anacarsis que escribe como un clásico de Francia. Siendo en realidad uno de los más señalados escritores de vanguardia y el favorito de los jóvenes, no pone en práctica los dogmas "avanzados" de la literatura nueva, su lengua tartajosa y sibilina. Sin duda, la Virgen española de siete puñales lo ha preservado para siempre de las tinieblas exteriores en esta vida y en la otra. Santa Lucía que, según me contaba una mendiga de Madrid, libra del mal de gota serena, le ha conservado los ojos claros de los mejores siglos de Francia. Si alguna vez, en su reciente libro "Beauté mon beau souci", inventa un estilo telegráfico porque el viajero no tuvo tiempo de explayar las notas de su diario o porque ha copiado simplemente lo escrito en las márgenes de la guía Baedeker; si se atreve a componer odas emancipadas de la rima y del metro; si solo se interesan, en la literatura universal, los revolucionarios del adjetivo; sus novelas continúan siendo, a pesar de todo, modelos de prosa reaccionaria. Se ofuscaría quizás si comparáramos su francés con el del abuelo, Anatole France. En la estrategia literaria, es imprudente confesar que los ancianos tienen también talento.

Recordad la mejor obra y el mejor personaje de Larbaud, aquel "A. O. Barnabooth", millonario americano y poeta de Francia que va coleccionando almas o paisajes por las riberas que circunda el Mediterráneo. Sus versos traviesamente publicados por Larbaud como obra póstuma del millonario, rebotaban de cada línea impresa, se rompían como gusanos, llevaban adjetivos singulares en las puntas. Walt Whitman había escrito así, en Yanquilandia, su admirable poesía de la real gana, su poesía que no quiere someterse a ningún Parnaso constituido. Imagino que protestaba de antemano contra los automóviles fabricados en serie por su compatriota Ford. ¡Caramba que siquiera los poemas no tengan todos un motor de cinco Pegasos!

Larbaud, como la Francia joven, había leído las "Hojas de Hierba", del patriarca Whitman, mas al describir en prosa la existencia errante de su personaje, ¡ah, en prosa!, la libertad y la Marsellesa le parecieron inútiles. Recordó a tiempo que su país sabe cortar muy bien los tejos de Versailles para dejarnos ver los horizontes simétricos; y su frase estuvo tallada como tejo elegante. Me va a asesinar cuando lea este elogio.

Después de "Barnabooth", "Enfantines" y "Beauté, mon beau souci" son mis dos libros predilectos. Cada fragmento ha sido escrito en un mesón de Alicante, en un tren de "interés local" o en la "gaviota" de

un lago suizo. Casi nunca sus heroínas son francesas porque Larbaud ha amado en todas las lenguas. (Perdóname, ¡oh Salomón! este audaz retruécano). Estoy seguro de que su "Fermina Marquez" o su deliciosa "Queeny", serán un día célebres como "Carmen" o "Colombo" cuando las haya mustiado la opereta. Y si la Academia Francesa quiere acordarse un día de que este joven maestro conoce todos los diccionarios políglotas y el admirable idioma incorruptible, iremos a la recepción llevando de la brida a un caballo de plomo para recordarle al capitán que ganó la batalla porque no quiso olvidarse de haber sido niño.

Ventura GARCIA CALDERON.

VESPERTINA

Crepuscular mariposa
galana, maravillosa,
topacio de las aldeas;
la diva de los pinares
y las alteas.
Leve figura
que en aire lento gravita,
bella de la selva obscura,
animita.
De las penumbras arcana,
tu sino
viene de rosa lejana,
viene del olmo beguino.
Animosa
dejas el bambú inerte;
sabes jugar con la muerte,
moriposa.
En el llano
tu vuelo sigues tirano;
ángel mínimo del viento,
que luce
y muere en un pensamiento.
La noche azul culmina
el monte;
ya en el lejano horizonte
llora la tarde ambarina,
y los
campos te dicen adiós.....".
peregrina.

José M. EGUREN.

NUEVAS ESTANCIAS

Damos la vida a cada paso
y damos con la vida el corazón.
El tiempo cruel nos va robando
en cada día un gajo de ilusión.

Mas cada día que nos roba
y nos impone una renunciación,
nos unge con una aureola
que es una divina consagración.

En cada vuelta del sendero,
como una siembra, cae nuestro ardor.
¡En el polvo de nuestros sueños,
otros, mañana, cojerán la flor!
Lima, 1923.

EL ENIGMA

¿Qué te ha dicho la noche, poeta,
con su voz de misterio
y su pálido signo lunar?
Lo supiste un instante,
creíste su enigma hondo descifrar;
y ahora que irrumpe en escándalo el día,
recuerdas apenas que te hizo llorar.....!
Lima, 123.

José GALVEZ.

PEREZA

Soberbiamente hundido en el chaise-longe hay momentos
en que cierro los ojos bajo el suave pincel
del ensueño y en que hago flotar mis pensamientos
como un niño que juega con barcos de papel.

Hay momentos en que abro los ojos soñolientos
—ópalos deslustrados—en el turbio dintel
del cerebro; momentos de arduos arrobamientos
que son como corderos pastoreados por él.

Y así, vagando en esta sutil devanadera,
gusto espantar la mosca de la hora pasajera
con el flojo abanico de mi mono gandul,

mientras moleculizo las psíquicas burbujas,
construyendo palacios de góticas agujas
que apenas se equilibran en el pálido azul.....

César A. RODRIGUEZ.

ESTUDIOS LITERARIOS

PERCY GIBSON

La pureza de un poeta depende del sentimiento de las cosas y la manera personal de revelar su mundo interior; mejor dicho, de haber sorprendido el verdadero secreto de la Naturaleza, el haber tocado su entraña, el hacer con cosas sencillas y cotidianas de la vida, versos admirables, y es le esto de lo que alolece la poesía americana en su mayor parte. Aquí todavía el estilo daclamatorio, campanudo y retórico domina en la prosa; y, pasada aquella época de llorar sin dolor y de llamar traicionera a la mujer que adoramos, tan en boga en el romanticismo, y la ñoña sentimentalidad de esa época; hoy, los modernistas han tomado el camino de barajar todos los lugares comunes de la persona de Darío, Lugones, Chocano, Jaimes Freyre y otros; y han suplantado aquello de la "nave del estado" y las "flechas de tus ojos" por aquello de "la tarde se desmaya como una virgen" o "el sol arrastra su manto de oro", y otras zarandajas, tomadas al azar y con ayuda del diccionario y mucha fatiga cerebral.

Al revés de estos versificadores de pacotilla con ínfulas de poeta, o de esos maníacos de guardarropía que insultan al divino Apolo en América, se levanta la personalidad de Percy Gibson, en nuestra lírica nacional.

Percy, es el más americano de nuestros poetas y también el más poeta. Su inspiración es instintiva, fulminante, natural. Hace versos, como un rosal da rosas o un ruiseñor trinos. Los ritmos se alteran y se multiplican en su alma, con una prodigalidad millonaria. El verso le sale a él como un diamante bien burilado por mano florentina. No hay en sus poesías esquema doloroso que denuncia el dolor que sufren muchos poetas antes de volcar sus ritmos en el papel o en la blanca página del libro.

En Percy todo es natural, diáfano y sencillo; aún cuando quiere contorsionar sus versos para darles cierta novedad torturada y baudeleriana, es la sinceridad la que resalta en sus poemas, y es su alma americana, la que vibra.

Yo estoy seguro que ningún poeta nos ha hecho sentir la serenidad del campo, la frescura de las mañanas, la humildad de la vida sencilla, el amplio bucolismo lugareño, como Percy Gibson. Tiene poemas que, por la frescura y la visión nítida del paisaje, podrían rivalizar con algunos poemas "De l'Angelus de Aube a l'Angelus de Soir," de Francois James. Y es que Percy tiene una gran cultura de la naturaleza, más que de los libros. Es un griego por la visión de algunos de sus versos, que bien podrían decorar una ánfora de cerámica; pero un griego que dentro de la serenidad guarda un sensualismo pagano y faunes-

co, y a veces hasta exaltado por una lujuria cáprida de Silvano de la Hélade; y otras, hasta con matices sádicos de señor del Renacimiento. Otras veces el humor es el distintivo de su poesía; un humor agrio, mordiente a veces hasta el cauterio; como en esa carta a "Mister Willian Belmont Parker," donde Percy levanta su humorismo hasta hacerlo trágico, despiadado y sangrante. Mas el humorismo suyo es muy distinto de ese humorismo criollo, "huachafo," con sabor a empanadas y "anticuchos," sabroso para el paladar de ciertos negros que yo me conozco en Lima. . . . Yo creyera que el humorismo de Percy le viene de raza; como también aquella su sonrisa mefistofélica y cazurra tan habitual en él, sonrisa por la cual, quién sabe, comparó la máscara de Percy a la de Jules Renard nada menos que el colombiano Martínez Mutis.

¿Habéis escuchado alguna vez sus versos? Hay una calma sedante, murmuradora y musical, que se desprende de su poesía. Uno siente la naturaleza desnuda junto a él; y esa niebla, que es un girón de gasa sobre la núbil de la mañana, ese rumor de los perales azotados por el viento, ese sabor de la leche tomada al pie de la vaca, esa rubicunda sinfonía de los trigales, que nos embriagan el alma como la cabellera de una rubia soñada, es la que vive en sus versos. Y la vida que él ha llevado en la campiña, la sangre de los crepúsculos, el idilio con alguna Mireyra campesina, es lo que canta este poeta. Será por ello que sus poemas bucólicos tienen el sabor del terruño, y sus cuadros criollos están animados de vida dentro de una factura impecable de arte. Y es porque el criollismo vivido de un artista de genuina cepa americana, como es Percy, lleva en sí un signo de distinción y de personalidad, que no pueden adquirirla fácilmente los que carecen de esa originalidad racial y de ese vigor de alma, que es por el que se distingue nuestro poeta. Y bien lo sabe esto Percy; y lo dice en uno de sus versos:

Yo procreo, yo arrojé la simiente
 porque no tienen grietas mis pulmones,
 ni mi masa encefálica lesiones,
 ni mi epidermis tiña y lacerias;
 fluye la sangre pura en mis arterias
 y están sanos mi vientre y mis riñones.

La campiña, opulenta y admirable, en donde mejor que en ninguna parte se aplica bien aquella metáfora de Chocano: que "los volcanes parecen cestas volcadas derramando flores", ha sido uno de los principales motivos de la poesía de Percy. Y una aldea, Yanahuara, una aldea florida, donde pasamos nuestras horas bohemias, libando la dorada "chicha" de los Incas; una aldea donde los huertos son místicos, como en Judea, y todas las noches llora el alma de Melgar en el rasgueo de

las guitarras y el solozo de las queñas; una aldea donde el pendón de las "chicherías" ostenta la ingenuidad criolla junto a las huertas floridas y los corrales; donde revive la égloga, y las viejas huertas donde dialogan el gañán fornido y la campesina semi recatada; han motivado a Percy una serie de sonetos bucólicos, cual frescos murales decorativos de nuestra vida americana, ingenua y bonachona, pero lleno de sol. Y así este soneto hace revivir, con una fidelidad digna de encomio por la emoción honda que deja, uno de esos rinconcitos de nuestro terruño, tan nuestros, tan vivos, tan al natural, que uno se queda encantado ante la naturaleza limpia y clara del cuadro:

*Una casa, anchos muros grietosos que la hiedra
viste con gracia rústica. El zaguán colonial,
húmedo, y donde moho por las paredes medra
agresivo, rajando los revoques de cal.*

*Un patio diminuto donde entre piedra y piedra
crece impávidamente, clandestino, un herbal.
Quietud, sombrías gamas y silencio que arredra
la placidez de Sancho; y un jardín conventual.*

*Es la casita humilde que el revolucionario
cancionero habitara. Hoy, cuando el campanario
recogido del burgo deja caer el són*

*de su bronce solemne, vaga conmovedora
la sombra dolorida del poeta, en la hora...
y los sauces del huerto murmuran la oración.*

Así son todos los poemas bucólicos de Percy: la comunión más acabada de un poeta con la Naturaleza. Yo creyera que sus oídos son para la música de la tierra natal tan adecuados, como los de aquellos indios de quienes cuenta en sus narraciones Rudyard Kipling que conocen la presencia de los elefantes, a gran distancia, con sólo poner los oídos contra la tierra madre. Pero Percy no sólo es un poeta bucólico y eglogal; gusta, también de los arrebatos, quiere bregar como los bardos, en la arena civil; le gusta arengar con sones bélicos a la multitud. Entonces canta su "Trompetería al Dos de Mayo"; hay en ella, un clangor de dianas marciales, de toques de clarín épico, de lirismos de gran audacia ideológica, que lo hacen un heraldo de épica nueva, salvando, por consiguiente, aquel escollo de la patriotería, y dándole más bien un relieve propio y personal. Así, por ejemplo: invoca el número guerrero de nuestros generales en estas estrofas, resonantes y aceradas como las de una marcha triunfal, cuando dice:

*A vosotros rudos, bravos Generales,
—Nieto, Salaverry, Santa Cruz, Morán—
águilas caudales,
cóndores sañeros,
antiguos guerreros,
que por las quebradas y los montes van...*

“Evangelio Democrático” es otra de sus obras admirables. Hay, a través de ella, un desfile de cosas de nuestro terruño, de la gleba, de los trabajadores, del campo, de nuestra glorias, cual si fuera una caravana criolla, llena de movimiento, donde el poeta evoca, en cuadros plásticos, admirablemente pintados algo de la vida local, pero llena de pulsaciones y de sangre, que le da un marcado sabor nacionalista a nuestra poesía; y donde hay versos tan hermosos, como aquél que comienza diciendo:

*La Arcadia no muere. Yo soy aldeano
bucólico antiguo, puro virgiliano... . . .*

Pero la mayor parte de la obra de Percy Gibson permanece aún inédita; y es en ella donde radica lo más original de su obra. Como aquellos poemas simbólicos que él titula “El Gallo” y “Loros y Buhos”; este último, a mi sentir, acabará consagrando al poeta, por el raro fulgor de sus imágenes y la emoción, que siempre vuela alto y canta hondo.

CESAR A. RODRIGUEZ

Nunca podré hablar de este poeta sin emocionarme. Su juventud estuvo unida a la mía; y aquella bohemia que vivimos juntos, bajo la magia de sus versos y el torturante licor baudeleriano de la carne de las mujeres pecadoras, no se olvida fácilmente. Y hay una razón para ello: la pobreza que se alimenta de arte y el alma que sólo contempla estrellas, y el hambre que se siente—no hambre de cosas materiales, sino infinito—deja en el espíritu un reguero de luz, que se recuerda y se mira con cariño.

Rodríguez fué para mí un cofrade de ensueño y un hermano de azul. Muchas veces dormimos bajo el umbral de la misma puerta, contando las estrellas y hablando de Verlaine; la gente que pasaba nos tomaba por locos; quién sabe solamente nos comprendían los perros vagabundos. Fué entonces que alimentamos alguna vibora de ingratitud, de ésas que más tarde iban a mordernos los talones. Mas, para todo tuvimos un gesto de desdén; y llegamos a saber únicamente esta verdad: que en la vida es rara la mano del amigo verdadero. Época de loca bohemia y de mucha hambre, y cómo la recuerdo; época en que las muchachas se contentaban con versos, porque no teníamos qué darles; época en que amábamos a la luna e injuriábamos al sol con nuestro noctambulismo de murciélagos.

Así lo conocí a Rodríguez. El silencio lo había cobijado desde temprano, y en su soledad se había pertrechado como un bárbaro con masas de filudo orgullo verdadero de artista, que no se muestra por fuera con frases aprendidas y posturas de damiselas pedibundas; ni se cree dios porque usa lentes y tiene atiplada voz femenina y cretina arrogancia, que muestra pobreza de espíritu.

Rodríguez, representa un nuevo valor en la literatura peruana. Antes de que él surgiera, descontando, por supuesto, a González Prada, Chocano y Eguren, no había nadie, sino una caterva de domesticados bajo la fusta criolla de ese capataz de la crítica, Clemente Palma. Y en Lima, la ciudad de la galantería y de la gracia; en Lima, la ciudad femenina, por excelencia, no se destacaba ninguna personalidad vigorosa. José Gálvez brilló solamente un momento y como fuego fatuo, para después apagarse y no dejar ni ceniza; fué personalidad la que le faltaba al poeta de "Bajo la Luna"; Villaespesa, Chocano, Darío, Jiménez, le traicionaban denunciándose claramente en sus versos. Ureta, un romántico llorón y lleno de sentimentalidades de colegiala, nos cansó ya, con la monotonía de sus versos, y donde gemía una pena sin fin. Cisneritos sólo escribía de tarde en tarde, ya lo creo, los buenos versos que escribe. Del resto, ni ocuparme; seguían midiendo frases en vez de medir cintas tras un mostrador judío; o hacían mentecatas de ésas de álbum, para cautivar a sus enamoradas, y llegar a ser aquel ridículo: un Don Juan con pretensiones de literato.

Fué entonces que en Arequipa, la ciudad de los volcanes y de las cumbres andinas; en Arequipa, que es un oasis entre dos desiertos: el de la costa y el yermo andino, que surgió este poeta, el más vigoroso de su generación; este poeta era Rodríguez.

Su aparición causó asombro; y entre la nueva juventud lírica, entre la selva armoniosa de nuestro cantar americano, autóctono y racial, se le recibió con un aplauso frenético. ¿De dónde surgía este poeta fuera de los cenáculos y se levantaba con originalidades sorprendentes de vigor leonino, y de alto relieve de bronce, junto a la contextura débil de poetas de similar y guardarropiá? Venía de su retiro, donde había labrado las más perdurables joyas: y señor del soneto, como Heredia y Leopoldo Díaz, venía en carro halado por hircanas panteiras y musa realenga y propia.

César A. Rodríguez se reveló el año 1915; y desde entonces, su nombre se ha impuesto definitivamente en las letras nacionales. El reveló un valor nuevo y desconocido en nuestra lírica, aquella visión del paisaje subjetivo, hecho con trazos de aguafuertista goyesco y densidades mordientes de tonos que daban sabor definitivo a la tela; aquel zarpazo luminoso y rutilante de colores, que se manifestaban en sus sonetos escultóricos de noble estirpe herediana; aquel vigor americano que

nutría la médula de sus versos ásperos como un guijarro andino, pero en cuya contextura se encontraba puro y riquísimo filón de oro nativo, no se habían manifestado todavía en nuestras letras. Y hasta aquella ironía caricaturesca, veloz y mordaz, que amaneciera un día en Colombia con Luis Carlos López, se había manifestado con Rodríguez, en el Perú, antes que en otros; ironía, que dígase de paso, ha infeccionado la literatura americana y ha convertido ese acerbo desdén que tiene López por las cosas de la vida; en ridícula postura de simios.

Así, pues en Rodríguez se vió, desde el primer momento, la personalidad de un poeta americano de espíritu y de alma; la hosquedad misma de su vida solitaria lo había apartado de la canalla, y desde el rincón íntimo donde soñaba y alimentaba sus sueños con su sangre apolónida, hizo desfilar sus sonetos como una blanca teoría de mármoles, que en vez de calzar coturno griego, llevaban el sello bronceado del americano con luminosidades de sol ecuatorial, que ardía por dentro dándose fulgor aborigen a su arcilla humana.

Así la poesía de Rodríguez es de un sabor inconfundible. Su visión es de cíclope. El ha sorprendido en el verso aquel matiz de tonos y de claro-oscuros que sólo la pupila de los grandes escultores sabe ver, como opina Camilo Mauclair, y de la que emana la vitalidad de la figura y la plástica armonía de los colores. El sintetiza en catoree líneas contexturadas, una emoción vital y honda junto a una visión de cíclope y con una justeza de golpes de cincel y nitidez de líneas. Así nos muestra una tarde antigua, en este soneto resonante como el más áureo "trofeo" de Heredia.

TARDE ANTIGUA

*El Sol, como un león, salta los horizontes,
tremolando en los vientos su melena de miel;
por las selvas bravías pasan los mastodontes,
semejantes abruptas montañas en tropel.*

*Las nubes, gigantescos sombreros de los montes,
saludan reverentes al celeste dintel;
Aquilones piasantes guían Automedontes;
fraternizan en las flores alcornoque y laurel;*

*La Tierra es un poema virgiliano en bosquejo,
levanta un cataclismo su ciclo entrecejo
dice un volcán obeso su lírica feroz.*

*Y el hombre, que es monarca de una vida sin trono,
libre ya de su vieja contextura de mono,
diseña sobre un bloque la figura de Dios.*

Para ver así las cosas, se necesita una pupila de cóndor o de augur primitivo. Rodríguez, como Leonardo Vinci, ve las cosas reflejadas en un gran espejo. Sólo que la visión que tiene de ellas no se le queda en la pupila como mera cuestión objetiva, tal en el caso de Chocano; sino que guarda un ritmo concomitante con su alma interior. Allí reside el secreto de su americanismo, es decir: la armonía de visión que se resuelve en grandes metáforas, es igual a la emoción del alma, que no sólo ve, sino siente en grande; tal el caso de Rodríguez.

Así, este poeta tiene en su vida, como en su arte, la fiereza del fuerte, del triunfador en el concepto nietzchano; y será por ello que siempre lo ha perseguido la envidia. Pero, tiene tal confianza en su obra, tal seguridad de lo que hace, que sus versos audaces y refulgente como la coraza que se ha puesto para luchar, son real imagen de su personalidad desconcertante y original. Pero esto no obsta para que su musa tenga delicadezas como la de este soneto:

BIZANTINA

*Tintos los horizontes con bermellones de astro,
se inundaban de noche por el torvo poniente;
una ráfaga helada crispó la blonda fuente
y graznaron unánimes los cisnes de alabastro.*

*La luciérnaga errante de fosfórico rastro
bordó con geroglíficos la brisa transparente....
Un eclipse de luna parecía tu frente
bajo el ala plumiza de un cielo de palastro.*

*Los grillos orquestaban en las viejas glorietas,
vertían los estambres sus cúpulas discretas,
palpitaba en las cosas una ansiedad arcana....*

*Y como en las liturgias de los dioses perversos,
bajo el intercolumnio de tus músculos tersos
degollé silencioso tu inocencia cristiana.*

Como se ve, Rodríguez es el poeta más personal de nuestra nueva lírica. Su poesía ha recorrido toda la gama de la emoción. Es áspero y a la vez profundo. Sus "Nocturnos" son retazos de alma atormentada y luminosa. Sus "Poemas Blancos" llegan a la cumbre de la emoción y de la delicadeza.

Así, la poesía de Rodríguez, más que todo, ideológica y cerebral. Hay un sabor profundo de filosofía a través de ella, que ora florece síntesis dolorosas, crisis psicológicas, crispamientos de alma y también luminica visión del paisaje; o, como en Verlaine, en instantes vividos de la vida cotidiana del Café. De allí,

precisamente, han surgido esos "Poemas del Bar" que tienen inquietud de carne dolorida, espasmos de tenebrosidad edgar-poesca y un infinito anhelo de noche y de canto agorero de buho que sondea el misterio.

Así, pues, su figura nos salva en medio de este ruín desfile de copleros mendicantes sin alma ni idea. Sus versos son música bárbara, quién sabe, para los oídos de estos rimadores de salón, de estos musiquillos de café ambulante, que cantan sus dolores al són de una charanga lírica con espasmos de mujer.

Hace bien el poeta, de permanecer en el retiro de su hosca misantropía; quizás el divino Pan lo acompañe en su retiro, y los dos sepan tañir la flauta; mientras afuera, en las calles, sólo transita el burro de Sileno, disfrazado de burgués; y otras veces, también, de poeta....

Luis Velazco ARAGON.

EN EL CARRETON

I.—Me creyeron muerto, y como soy un pobre diablo de estudiante sin familia y sin fortuna, el carro mortuorio de los paupérrimos me recojió para conducirme al cementerio de la fosa común de los anónimos.

II.—Yo había bebido mucho ajenjo en la taberna y Karl, que había bebido más, mucho más que yo, quiso jugarme a los dados el amor de su querida—una rubia anémica, con ojos luminosos de tuberculosis—contra el amor de mi novia ideal: la Luna.—Oh, no acepto—le dije—Silvia es bella, pero no lo es tanto que su belleza pueda compararse a la de mi amada!.... Karl se irritó grandemente con mi menosprecio por su dama: arrojó su capa sobre el mostrador de la taberna, desenvainó su daga y vino violento hacia mí:—Heinrich, el viejo Kauffmann nos ha enseñado a hacer la transfusión de la sangre, y necesito de lo tuya para hacer que los lirios de las mejillas de mi Silvia se truequen en rosas.... Ea, defiéndete!.. Y luchamos, tambaleándonos de borrachera y de furor. Herí dos veces a Karl; pero al fin caí herido mortalmente de una feroz puñalada que recibí en el hombro. Después no sé lo que pasó, ni cuánto tiempo trascurrió.... Me creyeron muerto, y como soy un pobre diablo de estudiante sin fortuna y sin familia, la carroza de los muertos paupérrimos cargó piadosamente con mi cuerpo.

III.—Abrí los ojos. Me rodeaba lóbrega oscuridad. El carrerón rodaba escandalosamente sobre las piedras de las callejas. Sentí una cabeza recostada pesadamente sobre mi hombro, y que los labios fríos y viscosos de un muerto besaban mi oreja. Estaba entre mis vasallos, entre los muertos, entre mis buenos amigos de la sala de disección, a quienes descoyuntaba los hue-

su amada pálida, descompuesta, ojerosa, y sobre todo turbada el alma y llena de confusión y angustia. . . . El verdugo titular que amaba entrañablemente a su hija, pensó que la vergüenza y el sufrimiento de ella se debía a la infamación injusta que la humanidad hacía caer sobre su oficio. La dijo que ya tenía riquezas suficientes para vestirla y alhajarla como a una duquesa, que se irían a un país lejano, donde algún príncipe bello y valiente se prendaría de su belleza y pediría su mano. . . . —Padre—contestó ella, esforzándose por sonreír—ya tocó a mi puerta el príncipe gallardo que reclamó mi amor, y lo obtuvo. . . —Quién es él?—Rob.—El verdugo dió un rugido de rabia, llamó a Rob y le despidió brutalmente de su servicio. —Por qué me maltratáis y me despedís, patrón?—Porque eres un miserable, que has osado levantar tus ojos hasta mi hija.—Pues ya es tarde, patrón: Luty es madre y vos sois abuelo. El ofendido padre cojió rápidamente el machete de gran filo que según el protocolo penal servía para degollar hidalgos copetudos. Y la cabeza de Rob rodó por el suelo.

IX.—Cuando Rob terminó de referirme su historia de amor y de muerte, los demás muertos se percataron de mi presencia, y principiaron a murmurar, señalándome:—Quién es el que habla con el vil Rob?—La cortesana me dijo resueltamente: Eh, amigo, quién sois?—Hola, Lulú, no me reconocéis? Yo soy el que os sujetó de las piernas en la clínica para que se os aplicara el cauterio. Hola, Moor, no os acordáis de mí, vos que pataleábais en la cama 217 en un acceso furioso de epilepsia? . . . Pues sabedlo todos, soy Heinrich, el estudiante, y estoy vivo! . . .

X.—Al saber que yo no estaba muerto una gran irritación se apoderó de estos. Rob mismo se puso furioso. Los ojos del viejo fulguraron mientras su boca y sus flácidas mejillas se torcían con "tics" espasmódicos. La cortesana avanzó hacia mí con sonrisa cruel, y de su rebanado seno salió una tufarada de pestilencia.—Pronto serás un muerto también; . . .—exclamó, y todos sus compañeros avanzaron con las manos erizadas para estrangularme. Solo un muerto quedó acurrucado en un rincón del carro. Era Pierrot, el de la cara enharinada, el de los saltos mortales grotescos, el de las risotadas estúpidas en el circo, el de los chistes de ingenio barato, el buen Pierrot, que había muerto desnucado en una pirueta peligrosa y mal calculada. No se movió para ofenderme: se reía como un idiota, me hacía muecas, y hacía bailar por el vértice su sombrerete cónico sobre la punta de la nariz teñida de rojo. Se reía, se reía con idiotismo inextinguible.

XI.—Ya me iban a extrangular, cuando se detuvo el carreton y los portalones se abrieron. Estábamos en la entrada del cementerio. En brusca inundación de luz penetraron los rayos de la Luna y besaron mi frente:—Oh, mi novia celestial me amaba todavía!

sos, abría las arterias, sajava los músculos y arrancaba las vísceras con la colaboración de mi camarada Karl y de mi viejo maestro el profesor Kauffmann.

IV.—Rodaba el carretón. Por las rendijas penetraban fugitivas las miradas de los faroles, resbalando rápidamente sobre los rostros lívidos o amarotados de mis compañeros de viaje, sobre sus miembros lesionados y sanguinolentos, sobre cóndilos que asomaban por las heridas abiertas, sobre encéfalos que se desbordaban le los cráneos rotos, sobre los abscesos y tumefacciones monstruosas, y luego los viajeros rayos de luz cruzaban mi cara, como un latigazo. El carretero gritaba: —Arre! Arre!—y el carro seguía su endemoniada fuga.

V.—Salimos de la ciudad. Las ruedas resbalaban sobre la tierra blanda y sobre el césped, y, al cesar el estrépito, pude escuchar a mis caros amigos los muertos cómo charlaban, cuchicheaban y se reían. Mis ojos vieron ya claramente en las tinieblas un viejo, a quien la epilepsia mató, galanteaba con ridícula mimosidad a una cortesana que había muerto como la amada de Raimundo Lulio: aún tenía abierta la llaga que hicieron en su pecho el bisturí y el cauterio; un ladrón de caminos tenía horrible herida en el vientre, y abrazaba con fraternal ternura a un sacristán a quien el badajo de la colosal esquila de Santa Gudula abrió la cabeza, en el curso de un desaforado repique de Pascua.

VI.—Entretanto yo estaba añorando la tenue caricia de mi novia ideal: la Luna. Oh, la inconstante, creyéndome muerto, prodigaría en otras frentes sus besos azules, acaso en la de Karl, mi rival, que quiso arrebatármela en un juego fullero de dados! . . . El paso de la ciudad al campo me distrajo de mis meditaciones, y fijé mi atención en mis acompañantes. Yo sé el lenguaje de los muertos, como que es el mismo de los vivos enriquecido con los vocablos creados por los dolores y los misterios de esa vida extraña y penumbrosa que se llama Muerte. Me incorporé y busqué con quién conversar Sabéis a quién ví entre mis clientes? Pues. a Rob, a ese mocetón de blusa y pantalón rojo, a quien todos los estudiantes hemos conocido y con quien nos hemos emborrachado. Rob, el ayudante del verdugo titular, y que desde ha varios días dejó de concurrir a la taberna. Rob estaba sin cabeza: la tenía sobre las rodillas.

VII.—Mi pobre Rob—le dije—cuéntame por qué estás aquí. El mozo puso cuidadosamente su cabeza sobre los hombros, y me miró azorado y agradecido.—Oh, gracias—me respondió en voz baja—sois el primero en hablarme con afecto. . . . todos estos me desdeñan por razón de mi oficio.

VIII.—Y me contó su historia. Amaba a la hija de su patrón y fué calurosamente correspondido. Sucedió lo que era natural que sucediera: ella tenía mucho fuego en los ojos, él tenía mucho fuego en la sangre. Una mañana despertó

XII.—Al abrirse los portales, los muertos detuvieron su agresión y volvieron rápidamente a las posturas en que estaban. Solo Pierrot, ese maldito Pierrot continuaba riéndose estrepitosamente..... Mas de pronto se puso excesivamente pálido, lívido: su fisonomía se contrajo horriblemente, quiso hacerme una última mueca burlesca, pero solo hizo un gesto de rabia, y dos gordas lágrimas rodaron por sus mejillas, desprendiendo la harina. Comprendí: Pobre Pierrot, él también estaba enamorado de la Luna, mi amada.

XIII.—Entonces me levanté y el carretero al verme de pie desmayó de espanto.—Buenas noches, señores míos, —dije a los muertos con acento burlón.— Maldito seas!—respondieron en coro.—Solo el infeliz Pierrot, ocupado en llorar desdenes en el fondo obscuro del carro nada me dijo. Paso entre paso y en dulcísimo coloquio con mi novia ideal llegué a mi casa. Abri la evntana de la buhardilla que desde mi lecho me permitía ver el cielo. El viento me pareció que entonaba la vieja canción de las Desposadas del Rhin, que compusiera un trovador de la lengua de "oc". El resto de la noche dormí con mi novia.

XIV.—Al despertar, ya muy avanzado el día, me dolía frerentemente la cabeza y tenía en la boca un acre aliento de *absintho*.

Clemente PALMA.

EL DESQUITE

(A Gabriel Alomar.)

Vivir es desangrarse.

Poemas y Mujer

se llevan lo mejor,

nunca se sabe

la sangre que se roban

los Celestes Vampiros del Amor.

Sangrar! Es la consigna.

Vaciarse sobre la vida

por mil cauces sutiles

la fuente roja del Corazón.

Sangrar. Es la sanción

por habernos, audaces,

desprendido de Dios!

Oh el trágico desquite!!

Cuando todos

—víctimas del Verdugo—

erguidos a una voz

por habernos en sádicas sangrías

exprimido la vida,

con las manos garradas por la muerte

tricemos a zarpazos el corazón de Dios!

Federico BOLANOS

Oración al mar

*Este dolor i este deseo de viajar
oh Mar
este deseo de entregarme
a tu ruda y magnífica aventura
alegre y triste
con la emoción que imprime la grandeza
de tu perfecta soledad
i de tu ancho camino—*

*Engarzar en mi espíritu
el rubí tornasol de tus crepúsculos
i la esmeralda ilusionada de tu cielo—
I al pasar por los puertos
sentir el ansia de llegar—
I no llegar.—*

*Oh Mar
i descansar
un día largo
en tus brazos abiertos
como una alga dócil
a merced de la danza de tus olas.—*

Magda PORTAL.

DE LA CIUDAD AL CAMPO

La Ciudad.
Mi alma repite el eco;
¡La Ciudad!... ¡La Ciudad!... ¡La Ciudad!
Poco a poco
las casas y más allá
la mucha bulla, el tanto ruido y pocas
nueces.
Pasa un hombre que vende—para un hombre
que compra.....
pasa
un perro que ni compra ni vende.
Sin embargo todo está en orden y nadie
ignora que el carbón de la vida se va
por las chimeneas, sin decir nada, al cielo.

Esto me aburre, me fastidia....
Mejor se está en el campo, solo!
Sí, muy bien:
Mejor se está en el campo ¡solo!

Ya estás aquí.
Silencio. Sin sabor. Los pájaros
cantan brutalmente. Ni ríen ni padecen.
Necesitan jaula, necesitan.
El sol lo aceita todo, todos le bajan la
cabeza, todos caminan como él quiere.
Alma, aquí nadie me quiere obedecer.
Aquí se necesita tener la cara sucia
para vivir tranquilo.
Todo esto pasa porque, ante todo, la ciudad
me ha visto nacer.
Ella ha sido la primera mujer que se ha
desnudado ante mis ojos y mostrado
su sexo indominable, virgen, para el cual
Dios solo hizo calmantes ridículos.
¡Oh su sexo incompletable, inhermanable!
Yo, como buen ciudadano, la adoro, la
deseo; como para no avergonzarme de su la
do; pero cuando estoy lejos de ella oigo
su voz y siento que me tiende sus brazos
—los caminos del retorno.—
¡Oh, ciudad, madre del más hombre, madre
del más artista, abre tus brazos, tómate!

Juan José LORA.

MARCHA TRIUNFAL

Madre, Hermanos: ¡los clarines!
Los fuertes vencedores de la muerte
desfilan bajo el arco del triunfo
de la alegría de la muchedumbre.

Gloria, cantan los rubios clarines
Gloria, grita borracho el Sol
Gloria, solloza el corazón.

El cielo azul de gala
es la bandera de los vencedores.

Envuelan palomas mensajeras
a los ámbitos
los campanarios y sirenas,

Al fin, un viejo llora.
 Las madres y las novias
 no saben qué hacer.
 Todos, cantan y lloran: ¡gloria!

Madre, Hermanos:
 los héroes en la alfombra florida
 que les tendió el Sol.
 Jadeantes, silenciosos y secos,
 grandes y tristes
 pasan ante estandartes de muchachas tristes
 redoblando en el tambor
 de la plana mayor
 la Marcha Triunfal.
 ¡Gloria!
 Mas, cuántos faltan.
 Madre, Hermanos:.....

I en el vacío de la casa atormentada
 no hubo más que sollozar.

Arequipa—1924.

Mario CHAVEZ.

AMOR

Ciega
 Tus ojos que lloraron se hicieron caminos,
 caminos en los que no hay la sed.....

Caminos que no se arrancan ni los detiene una piedra,
 por donde va recogida la procesión de tus lágrimas.

Brazos de Jesús sobre la llanura
 pidiendo, tendidos, huellas que los hiera.

Ciega
 Soy un caminante para tus caminos,
 con los pies llagados y una bolsa llena
 de monedas de amor.

Yo sí que no tendré anhelos
 de desandar lo andado.....

.....

Guillermo MERCADO.

DE LO HONDO

La mujer que hoy me dice quererme es tan sencilla,
que a veces siento pena de su misma alegría;
¿por qué me quiere a mí que soy la inarmonía,
el símbolo del mar sobre la quieta orilla?

Cuando la beso siento la débil florecilla
de sus labios como una divina melodía.
Quiero apretarla más adentro cada día,
sólo así podré ver si en mis abismos brilla.

Sufre el encanto triste de no tenerme entero,
y es que antes que ella me hable yo la digo: "Te quiero",
mientras recapitulo mis antiguos dolores....

Pero cuando la sienta como germen de vida,
entonces mi alma, en alto su angustia redimida,
la hará entrar en mis hondas tragedias interiores.

Alejandro PERALTA.

EL POEMA INDIFERENTE

Ah, si supieras
hermano licor!
—todos sois mis hermanos—
como los minutos
de los días; espectros
que cuelgan del espacio
sin oír la voz
de los locos cerebros,
indiferentes bandoleros
que se visten con la ropa
del tiempo.

Pero..... Estoy ebrio.

Quiero llenar
este minuto breve
de mi corazón,
quiero andar por los ojos
de la vida y llenar mi sed
en el camino de tus lágrimas.

Ya que soy ave herida
debo emborracharme
para decir mi postrera
canción a los vientos gitanos.

Serafin del MAR

AVISOS PROFESIONALES

Dr. CARLOS BAMBAREN | **Dr. ALEJANDRO R. VEGA**

MEDICO y CIRUJANO
Consultas de 1 a 4 p. m.
Corazón de Jesús No. 311
Teléfono 3155

ABOGADO
Estudio: Compás de la Concepción
Teléfono No. 3572

Dr. FRANCISCO GRAÑA

CIRUJIA GENERAL
Especialmente Cirujía de Niños
Belochaga No. 577
Teléfono 1239

Dr. JOSE VILADEGUT

ABOGADO
Estudio: Ayacucho No. 549
Reja derecha

DISPENSARIO ANTITUBERCULOSO

Dr. MAX ARIAS SCHREIBER

Especialista en enfermedades del pecho, corazón, pulmón y bronquios.

CORAZON DE JESUS No. 375

JOSE JACINTO RADA

ABOGADO

Estudio: Rifa 319

Teléfono 294

AUGUSTO C. PEÑALOZA

ABOGADO

Estudio:

NUÑEZ 217

NOTAS

En respuesta a nuestra vibrante esquila de invitación, estamos recibiendo palabras de aliento y valiosas colaboraciones de jóvenes poetas y escritores del Perú, México, Uruguay, Argentina, etc. FLECHAS agradece enormemente esta demostración de simpatía y cordialidad.

Nuestra revista al invitar a todos los intelectuales de América a que colaboren en sus páginas, advierte que no se hace responsable de los juicios que ellos viertan, ni de sus tendencias u orientaciones. Tampoco devuelve originales sean o no publicados.

Colaboración. — Toda colaboración deberá ser dirigida a los Directores, y aquella que trajere seudónimo desconocido deberá venir respaldada por la firma del autor. Se recomienda que los envíos estén escritos a máquina o con letra perfectamente legible.

AVISAMOS A LOS SEÑORES SUSCRITORES QUE ESTE NUMERO VALE POR TRES NUMEROS DE "FLECHAS".